

«Una fábula con un inmenso poder de transformación. ¿Quieres cambiar tu vida? Lee este libro.»

JAMES REDFIELD, autor de
Las nueve revelaciones

Índice

Portada
Dedicatoria
Dedicatoria 2
Nota de la editora para el lector
Planes que no salen bien
El horno de la aflicción
El pozo que nunca se seca
El comienzo del viaje
Un trío de viajeros
La historia del contador de historias
La iniciación
Un nuevo día
La mendiga
Lecciones para Elizabeth
La Cantera de las Grandes Piedras
Ablandar lo que está duro
David
El momento de actuar
Una gruesa capa de aceite
El sueño
La cabaña del farolero
La tentación de Joshua
Como las azucenas del campo
El camino menos transitado
De vuelta a la gruta
Un valle de oscuridad y muerte
A la mañana siguiente
El poder del amor
El viaje de vuelta
Construido sobre piedra, no sobre arena
El Credo
Unas palabras sobre el Credo
Fuentes
Agradecimientos
El Tesoro
Nota de la editora para el lector
La ley debe cumplirse
Una voz suave y queda

Tan ligero como una pluma
Créditos

*Para los que derrochan su generosidad
y los incansablemente buenos.*

Para mi madre, Anna Loretta Margaret

Nota de la editora para el lector

EL PASADO DICIEMBRE, CUANDO FUI A la oficina postal a recoger mi correo, en la mesa del empleado me encontré un curioso paquete esperándome. Envuelto en un papel marrón crujiente y forrado con una hilera tras otra de sellos exóticos, llevaba la llamativa etiqueta de un anticuario de Frankfurt, Alemania: «Antiquariat Reinhold Berg», decía.

Me sentí como una niña pequeña el día de Navidad cuando rasgué el papel del paquete. No sabía quién lo había enviado ni qué había en su interior. El misterio aumentó todavía más cuando, al quitar el envoltorio, cayó una tarjeta que decía: «¿Lo haría de nuevo?».

Intrigada, me dirigí a casa para inspeccionar mi «regalo de navidad» inesperado. No hacía falta ser un bibliófilo para saber que el libro que había dentro del paquete tenía algo especial. Estaba envuelto en vitela y tenía impresa la imagen de una mujer de pie sobre una roca que sostenía un cáliz sobre las manos estiradas. En el suelo, junto a la mujer, había una espada desnuda. Atrapada por aquellos símbolos, me sentí como un viajero muerto de sed al llegar a un pozo lleno de agua fresca. Pero todavía hubo algo más que me llamó la atención. El tamaño, la apariencia y el tacto de aquel libro eran sorprendentemente similares a los de *El tesoro*. ¿Cómo había sabido el misterioso remitente el papel que yo había desempeñado en su día a la hora de conseguir que aquel otro texto se tradujera y se publicara? ¿Estaban ambos libros relacionados? No tenía forma de saberlo.

Pero aquél no era momento para elucubraciones.

Abrí el libro y hojeé el interior con la esperanza de encontrar alguna marca significativa o alguna pista de su origen. Había algo evidente: al igual que *El tesoro*, aquel volumen estaba escrito en una lengua impenetrable, una extraña mezcla entre el griego y el arameo que, como descubrí más adelante, no se hablaba desde el primer siglo de nuestra era y no se escribía desde finales del Renacimiento. Iba a necesitar un equipo de lingüistas para descifrarlo; tal vez podría reunir al mismo grupo que me ayudó con el proyecto de *El tesoro*.

Pero «¿lo haría de nuevo?». ¿Podría?

Los lectores más suspicaces se preguntarán: «¿Es auténtico este manuscrito? ¿Es aconsejable confiar en lo que contiene?». Son preguntas lógicas que pretendo responder en otro libro. Por ahora, permitidme decir que yo creo que la verdad, como la belleza, está en los ojos con que se mira. Será mejor que los lectores juzguen por sí mismos.

JOANN DAVIS

Dorset, Vermont, febrero de 2010

Planes que no salen bien

ELLA NO LA OYÓ. NO PODÍA OÍRLA.

Ella no lo supo. No podía saberlo.

Ella no la ayudó. No podía ayudarla.

Pero aun así sufrió muchísimo por todo lo que no pudo hacer para salvar la vida de la niña.

Ocurrió en la mañana de un día igual que todos los demás. Se levantó al amanecer y preparó la cesta para bajar al río a lavar la ropa en la fresca corriente. Iría rápido, se aplicaría a la tarea y así podría volver antes de que su familia se levantara. Ése era su plan.

Pero aquella mañana, cuando pasó de puntillas junto a la cama donde dormía su hija pequeña, la niña se despertó.

—¡Hola, mamá! ¿Me ves, mamá? —le preguntó la niña agitando las manitas en el aire—. Hoy quiero ir contigo y ayudarte.

Como un relámpago que cruza un cielo apacible, la niña se levantó de un salto y se vistió. Se puso una túnica blanca y fresca y metió los pies en un diminuto par de sandalias. Tenía cuatro años y se sentía muy orgullosa de la ayuda que le ofrecía a su madre en la casa cuando ponía la mesa o llenaba la jarra de agua. El hecho de que pronto fuera a ser lo bastante mayor para llevar fajín y sentarse con las niñas mayores en el templo hacía que en su cara infantil, rodeada de un halo angelical de rizos dorados, apareciera una gran sonrisa.

—¡Mira, mamá! —dijo la niña cuando emprendieron el corto paseo que llevaba al río—. Sé moverme como la bailarina de la danza del vientre que vimos en la boda. —La pequeña meneó su cuerpecito delgado como un junco y fingió que tocaba una pandereta imaginaria con las manos, todo con la esperanza de alegrarle la cara a su madre.

Pero la mujer estaba preocupada. Amaba a aquella niña con todo su corazón y disfrutaba enseñándole las tareas del hogar, pero la posibilidad de que se demoraran demasiado en el río y regresaran tarde para prepararle el desayuno a su malhumorado marido le llenaba de miedo el corazón. No quería enfadar al hombre.

La mujer le señaló a la niña un montón de arena que había cerca del lavadero y le dijo que se quedara allí jugando. Después empezó a lavar la ropa en el río, que corría tempestuoso y crecido después de las lluvias torrenciales. Cada vez que la mujer enjuagaba un fajín o una túnica, miraba por encima del hombro y saludaba con la mano para asegurarse de que su hija seguía entretenida con sus juegos imaginarios.

Pero la niña quería llamar la atención de su madre.

—¡Mira, mamá! —exclamó la pequeña levantándose de repente y corriendo hacia el agua—. Salto como las bailarinas del templo...

Pero al saltar y brincar cerca del arroyo, resbaló sobre una piedra cubierta de musgo y cayó por el terraplén de la orilla hasta el rugiente cauce del río crecido por la lluvia. La había absorbido un remolino y la niña no paraba de girar en círculos sin fin; el agua la arrastraba como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Mamá! —chilló desesperadamente la niña cuando la rápida corriente empezó a arrastrarla río abajo—. ¡Mamá! —gritó mientras intentaba mantenerse a flote. Pero su madre era sorda y no pudo oírla. Ella no lo supo. No hizo nada por ayudar a la niña.

Más tarde, cuando encontraron el diminuto cuerpo de la pequeña, la mujer sufrió sobremanera por todo lo que no había podido hacer para salvar la vida de la niña.

El horno de la aflicción

¿POR QUÉ SUFREN LAS BUENAS PERSONAS?

¿Por qué Dios se lleva a los niños antes de tiempo?

¿Por qué el universo es tan frío, tan cruel y tan injusto?

Durante siglos la gente se ha hecho estas preguntas y durante siglos las respuestas que han dado los ancianos y los profetas han sido las mismas: la gente sufre por sus pecados, el sufrimiento es un castigo por las cosas que se han hecho mal.

Pero ¿es eso cierto? ¿Recogemos lo que sembramos? ¿Los que hacen mal son castigados por sus infracciones mientras que los buenos reciben recompensas?

Esas cosas eran las que se preguntaba Elizabeth. Tumbada en un campo abierto bajo un manto de resplandecientes estrellas, pensaba en lo que había ocurrido durante el día. Había empezado al amanecer, a las afueras del pueblo, adonde había ido para ayudar a nacer a un bebé. Estaba claro que la madre era un alma buena, amable, que le daba pan a cualquier mendigo que se sentara a su mesa y agua a cualquiera que se la pidiera en el pozo.

Pero según fue progresando el parto, la mujer empezó a sangrar profusamente. Elizabeth hizo todo lo que pudo para detener la hemorragia, pero la mujer murió dejando tras de sí a una familia con el corazón roto que había perdido a un ser querido antes de tiempo.

¿Merecía morir aquella mujer? ¿Dónde estaba la justicia divina cuando ella la había necesitado? ¿Por qué sus actos de generosidad no habían inclinado la balanza de la misericordia a su favor? ¿Por qué se había cercenado una buena vida?

Algo más avanzado el día, le habían pedido a Elizabeth que visitara a un niño que había contraído la peste. La criatura sólo tenía un año y no era más grande que un corderito. Acababa de empezar a sostenerse sobre ambos pies y a caminar tambaleante de aquí para allá diciendo «ma-má» y «pa-pá». Tenía una sonrisa tan cálida que fundía hasta los corazones más duros.

Pero desde que había caído enfermo, su dolor era tan terrible que desconcertaba hasta a los boticarios más expertos. Los ojos suplicantes del niño rogaban que alguien le aliviara, pero su madre se encontraba impotente ante aquella situación. Cuando murió, Elizabeth colocó dos pequeñas piedras blancas sobre sus párpados para sellárselos para la eternidad.

Después, cuando ya había comenzado a caer la noche, Elizabeth caminaba junto al río recogiendo hierbas y especias para una comida que iba a prepararle a su marido, Joshua, el pastor. Él iba a viajar hasta la Tierra Alta para ayudar a los habitantes de aquel

lugar que habían perdido sus casas en la inundación. Elizabeth y su hermano adoptivo, David, querían dedicarle una buena comida a Joshua antes de que éste partiera hacia su largo y arduo camino con sus ovejas. Ambos estaban deseando pasar tiempo con el pastor al final de aquel largo día.

Pero el plan de Elizabeth se vio repentinamente truncado cuando se acercó a la orilla del río para recoger unas azucenas. Estaba en medio de unas zarzas cuando vio algo por el rabillo del ojo. ¿Qué era aquello? ¿Alguien se había dejado una prenda de ropa? Tal vez alguna lavandera o una esclava hubiera olvidado un pañuelo o un fajín de alguna dama de la realeza. Si así era, a alguien le caería una buena reprimenda y tendría que pagar por su descuido.

Pero, a medida que se iba acercando, Elizabeth empezó a dudar. ¿Podría ser un niño que estuviera jugando al escondite? Era bastante tarde para estar jugando fuera. Cuando se aproximó más, la vio: una manita que parecía una estrella de mar flotando en el agua. Entre las aneas y las hierbas ornamentales, se veía el cuerpecito de una niña que flotaba con suavidad, boca abajo, con el pelo dorado desparramado por el agua.

Cuando sacó a la criatura del agua, Elizabeth le apartó el pelo de la cara y se la secó con su vestido. Los labios de la niña eran pequeños y tenían una forma perfecta, como pétalos diminutos de una rosa en miniatura. Si en el cielo se había perdido un ángel, Elizabeth estaba segura de que acababa de encontrarlo. Parecía estar profundamente dormida. Pero era el sueño de la muerte, macabro y definitivo. Elizabeth sostuvo la manita de la muchacha y le arregló la túnica; quería prepararla para devolvérsela a su familia.

La tarea de decírselo a sus seres queridos recayó sobre Elizabeth, que acompañó a la procesión de dolientes hasta su morada. La noche ya estaba avanzada cuando la comitiva llegó. La casa estaba a oscuras; la madre esperaba junto a la puerta con una vela, mientras que su marido estaba sentado en el interior frente a una pequeña mesa de madera con un gran plato de pescado y un pedazo de pan que no había tocado. La angustiada madre dejó escapar un lamento, como un animal herido, cuando vio la procesión que cargaba con una pequeña figura rígida y cubierta por una sábana blanca.

¿Merecía aquella mujer una tragedia así? ¿Se había buscado toda aquella tristeza? ¿Qué maldición recaía sobre ella?

«Todo el mundo recoge lo que siembra», le dijeron los ancianos y los sacerdotes de la procesión al marido, que culpaba a su mujer por no haber vigilado con más atención a la niña. Por eso cogió una vara y la golpeó con saña, por haber llevado la vergüenza y el infortunio a su casa.

Una profunda tristeza inundó a Elizabeth mientras reflexionaba sobre todas aquellas cosas. En su trabajo como comadrona había intentado traer la luz a donde había oscuridad, difundir la alegría donde había tristeza. Pero ahora la oscuridad era profunda y duradera; parecía que la luz se hubiera ido para siempre. ¿Cómo iba a sobrevivir a aquel horno de aflicción que estaba quemando su alma?

Su cuerpo se estremeció cuando apeló a los cielos rezando para encontrar respuestas. Elizabeth cerró los ojos; ya la estaba invadiendo el sueño cuando le pareció oír una voz suave y queda que le susurraba al oído: «Quédate quieta, pequeña, y conoce que existo».

El pozo que nunca se seca

ELIZABETH SE DURMIÓ Y SOÑÓ QUE estaba en un lugar muy lejano con verdes prados y colinas ondulantes. En un cruce de caminos de aquel lugar misterioso, había una anciana con el pelo largo y blanco sentada sobre un baúl.

—Hola —la saludó la anciana—. Estás buscando algo.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó Elizabeth.

—Por la expresión de tu cara. La mayoría de la gente que viene aquí intenta encontrar el pozo que nunca se seca. Puedo indicarte dónde está, pero primero tendrás que hacer un examen de tu alma.

Elizabeth miró a la anciana mientras ésta se limpiaba las manos con un paño especial que guardaba en el baúl. Después la mujer metió la mano en el interior del cuerpo de Elizabeth y sacó una esfera.

—No te preocupes —le dijo a Elizabeth mientras le ponía la esfera entre las manos—. Es indestructible, así que no le puede pasar nada malo.

Elizabeth se arrodilló para examinar la esfera, que era pequeña y le recordaba a la bola de cristal de una adivina. Por fuera, de hecho, era bastante normal. Pero al mirar en su interior, vio algo que nunca se habría imaginado. En el centro de la esfera había un núcleo de partículas de luz que brillaba espectacularmente, como si se tratara de las ascuas etéreas de un hogar celestial. Las partículas latieron cuando Elizabeth sonrió.

—Hummmm... —dijo la anciana señalando algunas partículas que parecían haber perdido su brillo—. ¿Has caído en la preocupación y en el desánimo últimamente?

—¿Eso importa? —preguntó Elizabeth.

—Mucho —afirmó la anciana—. Tu alma es una lámpara que luce mejor con el aceite de la serenidad en el depósito. La desesperación debilita su luz.

Elizabeth le agradeció a la anciana su consejo. Pero ese aceite, ¿dónde podía encontrarlo? No se vendía en los mercados junto con los higos y los dátiles. Tampoco se conseguía al pensar las aceitunas que crecían en la arboleda.

—Cada mañana —le respondió la anciana—, antes de levantarte de la cama, imagina que el sol entra a raudales en tu interior, colma tu lámpara de serenidad y te llena de plenitud. Deja que la luz inunde tu vida cada día.

—¿Y qué pasará si lo hago? —le preguntó Elizabeth a la mujer mientras ella volvía a introducirle el alma en su lugar.

Pero eso fue todo. El sueño había terminado.

El comienzo del viaje

A LA MAÑANA SIGUIENTE, EN CUANTO vio que salía el sol, Elizabeth se quedó tumbada, quieta, y dejó que la luz entrara en su lámpara y la colmara del aceite de la serenidad hasta llenarla de plenitud. Después se levantó y empezó su día.

Despertó a David, hizo el desayuno para su hermano y le dijo que iban a emprender un viaje para encontrar el pozo que nunca se seca.

—He soñado con él —le dijo Elizabeth al niño, y le explicó que viajarían mientras Joshua estaba fuera.

Pero primero visitarían a la mujer sorda cuya hija había muerto, para ver cómo se encontraba.

Después de preparar los burros y coger provisiones, empezaron a andar. El sol estaba alto en el cielo y el aire soplaba cálido cuando se encaminaron hacia la pequeña casa donde Elizabeth había estado la noche anterior. Como cabeza de la procesión, le había devuelto a la niña a su madre y después se había quedado de pie junto a la tumba bajo la luz de la luna mientras enterraban a la pequeña a media noche.

En aquel momento, bajo la brillante luz de la mañana, Elizabeth esperaba poder volver a ver a la madre, cogerle la mano, secarle las lágrimas y sembrar semillas de consuelo en aquel campo de desesperación.

Pero cuando se acercaron a la casa, les pareció que estaba desierta. Las ventanas estaban cerradas y la puerta principal había sido sellada.

—¡Hola!... —exclamó Elizabeth cuando David y ella rodearon el jardín. Las largas sombras que provocaba el sol de mediodía cubrían las flores de los parterres con líneas oscuras y cruces que no auguraban nada bueno.

—Hola... —repitió Elizabeth. Pero el lugar continuó en silencio.

Desconcertada, la mujer cogió a David de la mano y se encaminó hacia el prado. Tal vez la madre estuviera allí, como un centinela, junto a la tumba cubierta de piedras manchadas de lágrimas donde habían enterrado a la niña. Quizás hubiera echado raíces allí a causa del amor por su hija.

Pero cuando su hermano y ella se aproximaron a la tumba, vieron que aquel lugar también estaba en silencio y que no había ninguna criatura cerca. Se arrodillaron, rezaron y cogieron unas cuantas flores para colocarlas en la tumba; ya se preparaban para irse cuando vieron a una anciana que se apoyaba contra un árbol. Quieta como una roca, llevaba una túnica azul pálido ajustada a la cintura con un fajín de un verde brillante. Una larga trenza de pelo blanco colgaba sobre su hombro y le llegaba hasta la cintura.

—Prima —dijo Elizabeth al reconocer a la mujer. Era Miriam, la vieja costurera del pueblo que había al otro lado de la colina—. ¿Qué te trae por aquí?

—El alfarero me ha dicho que le ha oído al panadero que una niña ha muerto —respondió la anciana—. He caminado toda la noche para dar consuelo a la mujer cuyo corazón roto todavía late.

—La madre... —dijo Elizabeth, expectante—. ¿Está ella aquí?

—No. Se la llevaron al amanecer —explicó la anciana, y su voz se quebró. Clavó la mirada en el suelo y, como una mula terca, se negó a continuar.

—Prima —le pidió Elizabeth con dulzura—. ¿Qué es lo que tienes que contar?

—Que los sacerdotes, con sus sombreros altos y sus vestiduras bordadas, vinieron al amanecer citando la antigua ley sobre las esposas, las mujeres y la obediencia —relató Miriam—. Le cortaron el pelo y le ordenaron a su marido que la echara.

—Al marido... —repitió Elizabeth—. ¿Y por qué no se negó él?

—Al principio les desafió diciéndoles que ellos no tenían poder aquí, que ella quería a la niña y que se fueran. Pero cuando le amenazaron con quemar sus cosechas y ensuciar su nombre, él la golpeó y se la entregó a los sacerdotes. Ahora se la han llevado a algún lugar desconocido, con la pena como única compañera.

Abrumada por la tristeza, Elizabeth rezó para que un poco del aceite de la serenidad llenara su lámpara. Le pidió al cielo que la bañara con su luz y que arrancara la desesperación de su alma. Después se volvió hacia Miriam, que tenía los pies enrojecidos e hinchados.

—Prima —le dijo—, has caminado un largo trecho por malos caminos. Deja que te ayudemos a recuperarte.

La anciana sonrió cuando David se arrodilló para quitarle las sandalias. El niño sacó un bálsamo de las alforjas de su burro y le frotó los pies a la vieja costurera con aceite y perfume. Después Elizabeth preparó un simple almuerzo a base de frutas y frutos secos para todos.

Cuando hubieron comido hasta hartarse, Miriam les trenzó las colas a los burros de David y Elizabeth y les decoró las crines con margaritas. Los animales hicieron repiquetear sus cascos y bailaron en alegres círculos a su alrededor mientras Elizabeth y David los miraban sonriendo.

—Chico —le dijo Miriam a David—, has saciado mi hambre y acabado con mi sed. También has calmado mis pies y has elevado mi espíritu. ¿Cómo puedo pagártelo?

El niño sonrió, se acercó a la anciana y la abrazó, atraído como una abeja hacia un cuenco de dulce néctar. Miriam le acarició el pelo oscuro con cariño. Luego, la anciana se volvió hacia Elizabeth y le cogió la mano.

—Lleváis equipaje para un largo viaje —observó la costurera—. ¿Adónde os dirigís?

—Vamos a buscar el pozo que nunca se seca —le dijo Elizabeth—. He soñado con él. Estaremos de viaje mientras Joshua está en la Tierra Alta ayudando a las víctimas de la inundación.

—El pozo... —repitió Miriam—. Mi abuela habló de él en su lecho de muerte. Quería ir en su busca, pero estaba demasiado impedida y mayor como para hacer el viaje. Pero me dio un tapiz bordado con símbolos que mostraban el camino hasta él.

Elizabeth abrió los ojos de par en par al oírla.

—Ese tapiz..., ¿dónde está ahora? —preguntó.

—Lo tengo escondido en un hueco dentro de mi chimenea —le contestó Miriam.

—¿Por qué lo ocultas? —inquirió Elizabeth.

—El agua del pozo es poderosa —explicó la anciana—. Y los poderosos la temen. Porque quien quiera que beba de esa agua tendrá una nueva vida.

Los pensamientos viajaban a gran velocidad por la cabeza de Elizabeth, como un río crecido tras una intensa lluvia. Extendió la mano y cogió la de Miriam.

—Prima, ese tapiz puede descubrir riquezas que llevan mucho tiempo ocultas. — Elizabeth hizo una pausa con la esperanza de que su prima entendiera lo que las palabras no podían expresar.

—Sí —contestó Miriam mirando a los ojos azules de Elizabeth y encontrando en su interior un mar de bondad y fe—. Mi espíritu me dice lo mismo. —La vieja costurera se quedó callada. Pero había una pregunta en su interior que no podía acallar—. Prima —continuó Miriam—, tengo la espalda encorvada y camino con lentitud. Y a veces se me hinchan los pies. Pero mi espíritu es fuerte y mi corazón está deseoso. ¿Puedo unirme a vosotros en vuestro viaje?

Un trío de viajeros

Y ASÍ FUE COMO TODOS EMPEZARON A caminar guiados por el tapiz que habían recuperado del hueco de la chimenea de Miriam. Cruzaron colinas y valles. Recorrieron caminos de piedras y verdes prados. Y al final del primer día llegaron a la plaza de un pueblo, donde conocieron al contador de historias.

Estaba sentado en su lugar habitual, dentro de una tienda, rodeado de cojines, pergaminos, botes de tinta y varias bandejas de diferentes viandas. Llevaba un turbante de color rojo vivo en la cabeza y un fajín dorado que le ajustaba a la cintura una túnica blanca. Presentaba una imagen llena de color. Al verlos acercarse, dejó su pluma y su pergamino, agitó ambas manos en el aire y los saludó calurosamente.

—Venid. Sentaos. Comed conmigo —les dijo—. Mi mesa está bien surtida. Hay comida para todos.

Delante de él, en el suelo, sobre un mantel de seda dorada, había frutas, pescado salado, frutos secos, aceitunas, miel y otras exquisiteces. Al ver el abundante surtido de delicias, a David se le hizo la boca agua. El niño había recorrido un largo camino con el estómago vacío y ya estaba hambriento. Pero intentó ser educado, como el pastor y Elizabeth le habían enseñado.

—Tenemos los estómagos vacíos, pero también lo están nuestros bolsillos —le explicó el pequeño. Mientras hablaba, percibió el olor de la comida y la boca se le llenó aún más de saliva al anticipar los sabrosos manjares. David miró a Elizabeth; albergaba la esperanza de que su hermana consiguiera llegar a algún acuerdo con aquel hombre tan amable que les ofrecía su hospitalidad.

—Tal vez le gustaría oír una historia a cambio de la comida —le ofreció Elizabeth—. Tenemos muchas que contar.

—Me gano la vida contando historias —respondió el contador de historias—. Nunca me canso de oírlas.

Así que todos comieron y bebieron y después contaron sus historias.

La historia de Miriam

HABÍA UNA VEZ una niña que vivía en una granja en la que nacían muchos animales. A la muchacha le encantaban los animales, sobre todo los pequeñitos, y a menudo por la noche se acurrucaba entre ellos para dormir. Los terneros y los corderitos recién nacidos tenían los vientres blandos y cálidos, y sus lengüecillas rosadas eran pegajosas y

raspaban cuando le daban lametones en la mejilla. Era capaz de sentarse durante horas acariciando a los recién nacidos y mirando cómo mamaban. Allí, en las cuadras, cuidando de los animales, la niña sentía una felicidad infinita.

—Veo que te encantan los animalitos —le dijo un granjero—. ¿Por qué no te haces pastora cuando crezcas? Así podrás estar con ellos todo el día. Por la noche podrás compartir su calor y nunca estarás sola. Las pastoras son amigas de todos los animales, como tú.

La niña se durmió aquella noche pensando en cómo sería pasar la vida en las montañas, al sol, cuidando a los animales todo el día. Parecía una buena vida, llena de cariño, amor y aire puro.

Pero al día siguiente, mientras estaba en la cocina cortando patatas con un cuchillo afilado y preparando las verduras para hacer una gran olla de sopa, su anciana tía le dijo:

—Se te da bien cortar verduras. Lo haces rápido y con habilidad. Las comidas que preparas son deliciosas y tienen un agradable aroma. ¿Por qué no te haces cocinera cuando crezcas y pasas el resto de tus días junto a los fogones? Los hombres del campo agradecerán tus guisos consistentes, los niños se volverán locos por tus gachas cremosas y muchos se acordarán de ti, satisfechos, cuando hayan llenado sus estómagos.

Esa noche, la niña soñó con ser cocinera y trabajar todo el día junto a los fogones haciendo sopa y pan. En sus sueños era capaz de oler el pan recién hecho y la boca se le hacía agua. Además, la vida de cocinera le permitiría estar siempre en compañía de las mujeres, que eran protectoras y amables.

Pero al día siguiente, mientras la muchacha estaba en el jardín con su abuela, ésta le dijo:

—Pequeña, te las arreglas muy bien con las semillas. ¿Por qué no te haces jardinera cuando crezcas, como hice yo cuando era joven? Podrás ser la que plante las cosechas y lleve comida a las mesas. Incluso el rey honra a los que cultivan la tierra ofreciéndoles su propio festival. ¿Qué te parece?

La niña se quedó callada. Amaba a su abuela con todo su corazón y no quería decepcionarla, porque sus consejos siempre habían sido buenos y habían dado buenos resultados. No es fácil encontrar una sabiduría como la de una anciana. La pequeña permaneció en silencio mientras reflexionaba sobre todas las recomendaciones que le habían propuesto durante los últimos días.

Pastora.

Cocinera.

Jardinera.

Todos los que le habían hecho una sugerencia lo habían hecho con su mejor intención.

Pero en su interior una voz suave y queda le susurraba algo. Le hablaba de un propósito aún desconocido. Y tendría que mirar en el fondo de su alma para encontrarlo.

A la mañana siguiente, la niña subió a una colina y se sentó en silencio. Cogió aguja e hilo y empezó a dar una fina hilera de puntadas. El tiempo fue pasando, pero ella no se percató de las muchas horas que transcurrían. Mientras entretejía el hilo en la tela y sus dedos bailaban sobre ella, comenzaron a aparecer patrones fabulosos. Un dibujo empezaba a cobrar vida. Se sintió segura y tranquila. Y por eso continuó.

Mientras cosía, escuchaba la voz que provenía de su interior y que siempre había estado ahí, ayudándola a distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. La voz era suave y amable, y nunca la había llevado por el camino equivocado si se tomaba el tiempo suficiente para escucharla.

Y así, al cabo de varios minutos, la muchacha levantó los ojos al cielo y le habló.

—Querido Dios —empezó—. Cuando crezca quiero ser yo misma.

De ese día en adelante, siguió contando Miriam, cada vez que necesitaba pensar la niña cogía aguja e hilo y se sentaba en la colina. Cuando se concentraba y cosía, se sentía cerca de Dios, de sí misma y de su propio corazón. Pronto sus dedos se volvieron expertos, aunque nadie la había enseñado a coser. Se movían con rapidez sobre la tela, creando puntadas claras en líneas precisas. Pronto acabó de coser una prenda magnífica y lujosa que era propia de un rey.

Un día, el rey anunció que convocaba un concurso en el que invitaba a todas las costureras del lugar a hacer un vestido para que lo luciera su hija el día de su boda. Aquella costurera principiante trabajó en secreto, subiendo a la cima de la colina por las noches para coser a la luz de la luna. En muy poco tiempo creó un vestido bellísimo. Pero era tímida y no se atrevía a entrar en la competición.

El rey oyó rumores sobre la costurera tímida e insistió en conocer a la niña cuyas habilidades eran tan apreciadas por el séquito de su esposa. La muchacha fue al palacio y le mostró su creación.

Pronto empezó a considerársela la mejor costurera del reino. Su talento tanto tiempo escondido acabó siendo conocido por todos. Las niñas que querían aprender a coser venían desde lugares situados a kilómetros de distancia. Y ella las enseñaba.

Se sentaba en círculo con otras mujeres a las que les gustaba coser y zurcir, hacer pinzas y meter dobladillos y alargar y acortar prendas. Juntas hacían que las prendas gastadas parecieran nuevas, cortaban nuevos patrones e incluso diseñaban tapices para los salones reales. Y mientras cosía, la mujer hablaba y escuchaba. Aunque trabajaba con las manos, la guiaba su corazón. Y muchas personas llevaron sus prendas a lo largo de los años.

—Lo sé porque yo era aquella niña —explicó Miriam—. Y ahora me gano la vida como costurera. Corto nuevos patrones, arreglo prendas viejas y, cuando coso, escucho lo que solamente puede oírse en la quietud de mi alma. Mi corazón late a su propio ritmo. Y así puedo oír las palabras que no se dicen.

—Ah... —exclamó el contador de historias—. Gracias por contarme tu historia. Ahora te reconozco. Eres una mujer con un propósito en la vida.

Elizabeth fue la siguiente en hablar y agradeció la oportunidad de pagarle la amabilidad a su anfitrión.

La sirvienta que no se lo merecía

HABÍA UNA VEZ una sirvienta que vivía en el palacio real. Aunque había nacido siendo esclava y nunca había podido probar la libertad, la chica era feliz. Le encantaba levantarse temprano para ir a recoger verduras y flores. Le gustaba bailar en las fiestas y trenzar el pelo de las damas de la realeza. Y sobre todo quería mucho a todos los que habitaban en las dependencias de la servidumbre y compartía con ellos un espíritu de camaradería.

Pero un día empezaron a surgir problemas. Al palacio había ido a vivir una chica nueva que tenía roces con el resto de las muchachas, como si de un par de sandalias demasiado pequeño se tratara.

—Es perezosa —decía una de las sirvientas jóvenes—. Se queda durmiendo mientras las demás trabajamos con ahínco. Nosotras nos levantamos pronto para ir al pozo a por agua y ella se queda en la cama.

—Es altanera —comentaba otra—. Parte el pan en su habitación, ella sola, no en la mesa con el resto. Y cuando los demás tienen hambre, les niega incluso un trozo de la corteza.

—Y también es vanidosa —añadió otra doncella—. Cuando lavamos la ropa en el río, ella se queda maravillada con su reflejo en el agua y dice: «¿No soy yo tan bella como la señora de la casa?».

Con el tiempo, las historias negativas sobre la chica nueva fueron tan numerosas y tan hirientes como las espinas de un arbusto de brezo. Todos la vilipendiaban y la ignoraban. Cuando necesitaba ayuda, muy pocos acudían a socorrerla, y los que lo hacían recibían reprimendas de los otros y eran ridiculizados.

—¡Tonta! —le decían a la sirvienta feliz cuando la veían ayudar a la chica nueva a recoger su colada de las rocas de la orilla del río antes de que las nubes de tormenta descargaran lluvia—. Ella no hace nada por ti. ¿Por qué eres amable y buena con la que no se lo merece?

La sirvienta feliz no tenía respuesta para aquello. En vez de contestar, se tapaba las orejas, intentando ignorar las palabras de las lenguas viperinas.

Pero en su interior comenzó a crecer la tristeza. Un día, después de ver una vez más cómo los demás evitaban a la chica nueva, la sirvienta feliz fue a ver a la comadrona, la mujer más anciana y más sabia de la casa real. La comadrona utilizaba sus manos largas y elegantes para ayudar a nacer a los bebés y para confortar a las nuevas madres. A lo

largo de todos sus años, había traído al mundo a cientos de bebés, tanto de gente rica como de gente pobre, tanto de los atractivos como de los estafalarios, sin juzgar a nadie ni discriminar nunca.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó la comadrona a la sirvienta que antes era feliz pero que cuando apareció una noche en el umbral de su puerta parecía triste.

—Ha venido a vivir con nosotras una chica nueva y las lenguas viperinas dicen que es vanidosa, egoísta y perezosa —contó la muchacha que una vez había sido feliz—. Pero cuando la señora la reprende, ella también necesita un pañuelo para secar sus lágrimas. ¿Es que no debería querer a la sirvienta que no se lo merece?

La comadrona no necesitó pensarlo ni un segundo.

—Niña —le dijo acariciándole la mejilla—. ¿Qué es el amor? ¿Es una recompensa guardada para los que se lo merecen? ¿Es necesario ganárselo? Un gran maestro dijo una vez: «Si amas a quienes te aman, ¿qué mérito tienes? ¡Hasta los pecadores aman a quienes los aman! Y si sólo haces el bien a quienes te lo hacen a ti, ¿qué mérito tienes? ¡Hasta los pecadores hacen lo mismo! Y si prestas algo a aquellos de quienes esperas recibir algo, ¿qué mérito tienes? ¡Hasta los pecadores se prestan cosas unos a otros para recibir otro tanto!». Por eso yo te digo, niña, que el amor no es un favor o una recompensa reservada a los buenos. El amor es una recompensa en sí mismo. Si das amor, no esperes nada a cambio. Y si amas a tus enemigos, eres buena con los desagradecidos y les ofreces la otra mejilla a quienes te han insultado, entonces estarás viviendo con seguridad según lo que dice la Ley Superior.

La chica miró a la anciana a los ojos y en ellos encontró un mar de bondad.

—Lo sé porque yo era aquella chica —dijo Elizabeth—. Y aquel día la anciana me recordó que no debía blandir la espada del cinismo o del juicio, sino intentar beber del cáliz del amor.

—Gracias —dijo el contador de historias—. Ahora te reconozco. Eres una persona que conoce el verdadero significado del amor.

David habló después, también lleno de agradecimiento por poder devolverle el favor a su generoso anfitrión con una historia.

La historia de David

HABÍA UNA VEZ un niño que estaba lleno de amargura.

—¡Mi vida es un sufrimiento! ¡Un verdadero sufrimiento! —se lamentaba—. ¿Por qué tengo que sufrir así? ¿Por qué soy víctima de tantos infortunios?

Si se clavaba una espina en el pie, maldecía al arbusto.

Si se le metía un grano de arena en el ojo, le echaba la culpa al viento.

Si su padre le decía algo malo, el niño se pasaba todo el día y la noche enfurruñado.

—Estoy maldito —decía—. Nada me sale nunca bien. ¿Por qué a mí? —se preguntaba constantemente—. ¿Por qué a mí?

Un día el muchacho estaba en lo alto de una colina con un pastor. En el horizonte se veían nubes de tormenta, oscuras y amenazadoras. Amenazaban con provocar una lluvia feroz, y aquello asustaba al niño.

—¡Vamos, rápido! —gritó el pequeño—. Se avecina una tormenta. Reunamos a las ovejas. Pongámonos a cubierto.

Pero el pastor no mostró sentir ningún pánico. Sonriendo, se levantó y dejó que los últimos rayos del sol alcanzaran su alma y le colmaran de serenidad y de plenitud.

El niño se quedó perplejo. No entendía por qué el pastor no se apresuraba. Se acercaba una gran tormenta, pero aun así el pastor estaba tranquilo.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó el niño.

—Porque la tierra está seca y necesita agua —le explicó el pastor—. Porque los animales tienen sed y necesitan beber. Porque los capullos de las flores están a punto de abrirse y el agua los ayudará a florecer. Porque me gusta nadar en el río y ahora tiene poca agua.

El niño se quedó callado, escuchando.

—Aunque las nubes de tormenta lleguen y me obliguen a refugiarme, yo siempre busco el lado positivo —concluyó el pastor.

El niño le escuchó. Pasaron unos segundos antes de que el hombre continuara.

—Tú quieres ser escriba, ¿no es así? Eso es lo que me has dicho. ¿Crecen los papiros que necesitan los escribas donde no hay lodo? ¿Pueden florecer los juncos donde no hay agua?

El muchacho se concentró en su interior, vio la oscuridad y el pesimismo de su alma y se preguntó quién lo habría sembrado allí. Ansiaba sustituir la amargura por dulzura; mirar, no a través de una lente oscura, sino por una que le permitiera ver las cosas en su plenitud. Aquel día el niño empezó a ver la vida con nuevos ojos.

—Lo sé —afirmó David— porque yo era aquel niño. Ahora, cuando se acerca la tormenta, no pregunto por qué me está pasando eso a mí, sino qué puede hacer esa situación por mí.

—Ah... —exclamó el contador de historias—. Gracias por contarme tu historia. Ahora te reconozco. David, el niño que busca una bendición oculta en todo.

*La historia del contador
de historias*

CUANDO HUBIERON CONTADO SUS HISTORIAS, los tres viajeros contemplaron cómo el sol de última hora de la tarde empezaba a morir tras el horizonte. Era el momento de preparar a los burros para la noche y retirarse a una posada cercana. Pero cuando se disponían a marcharse, Elizabeth se volvió hacia el contador de historias.

—Y tú, amigo, ¿nos harás el honor de contarnos una historia antes de que volvamos a ponernos en camino?

En vez de contestar, el contador de historias se arrodilló en el suelo y se puso a cavar hasta que encontró un trozo de pizarra gris. Apartó la roca a un lado y cavó un poco más hasta encontrar unos guijarros rosas y unos cantos marrones. En un abrir y cerrar de ojos, había formado un montoncito de piedras delante de él. Entonces se volvió a sus invitados y les preguntó:

—¿Conocéis la historia del coleccionista de rocas?

El coleccionista de rocas

HABÍA UNA VEZ un hombre al que le encantaban las rocas y que las coleccionaba desde que era pequeño. Rocas grandes y pequeñas, guijarros y piedras más voluminosas, cantos planos, redondos, de cualquier forma y color: grises, rosas, de rojos terrosos y de un marrón profundo. Las recogía todas e iba formando con ellas una gran montaña de piedra.

Con el tiempo, el niño fue creciendo y con él la montaña. Era tan grande que hizo que su casa pareciera pequeña. Cuando el muchacho se convirtió en un hombre y se casó, la montaña avergonzaba a su mujer, que se preguntaba continuamente qué propósito habría tras aquella enorme pila de piedras.

—Tus piedras nos están convirtiendo en el hazmerreír de nuestros vecinos —le dijo—. ¿Y para qué? ¿Qué podemos sacar de provecho de ellas?

Aquella no era la primera vez que el hombre se enfrentaba a las críticas y las dudas. Pero a él no le importaban. Le encantaban sus piedras y hacer experimentos con ellas. Había construido muros que contuvieron la inundación cuando el río bajó crecido tras unas terribles lluvias. Había metido sus rocas en el fuego y descubierto que mantenían el calor y que podía usarlas para calentar la cama de su madre enferma cuando ésta se

estremecía a causa de los escalofríos. Las había utilizado para hacer un círculo de piedras alrededor de la fogata cuando acampaba. Como era un buen hombre con buenas intenciones, estudiaba sus rocas para ver cómo podía utilizarlas con propósitos nobles.

Un día, sentado junto a la hoguera de su campamento, el hombre vio que algunas de las rocas se derretían y que de ellas empezaba a salir un reguero de metal. Era blando y maleable, así que podía recogerlo y darle formas que perduraban cuando se endurecía.

«Qué interesante —pensó el hombre maravillado por el descubrimiento—. ¿Qué podría hacer con esto?»

Con la ayuda de su mujer, recogió el metal fundido y empezó a darle forma. Primero hizo cubos para llevar el agua. Después largas cucharas para revolver los guisos y cucharas pequeñas para utilizar en la mesa. Finalmente, hizo pulseras y pendientes para adornar el cuerpo de su esposa. Era una mujer muy guapa y él utilizó sus nuevas habilidades para complementar su belleza.

Más tarde fabricó un extraordinario cáliz que usaba para tomar los vinos más exquisitos. A los sacerdotes y a la realeza les gustó tanto aquella copa que le encargaron que hiciera más para utilizarlas en las ceremonias más sagradas. Él aceptó los encargos con verdadera gratitud.

El hombre pronto encontró una nueva forma de ganarse la vida: fabricaba bellos objetos que mejoraban la vida de las personas. Su creatividad enriqueció el mundo. La gente venía desde muy lejos para ver sus obras.

Un día, mientras trabajaba con el metal, moldeó un aro lo bastante grande como para meter el pie en él. Aquello le daba mayor estabilidad cuando se montaba sobre su caballo que el aro de cuerda que solían utilizar la mayoría de los jinetes. Siguió moldeando el metal y trabajando en el soporte para el pie. Albergaba la esperanza de que la mayor estabilidad sobre el caballo le permitiera cabalgar más rápido cuando iba a llevar piedras calientes a las camas de los habitantes del pueblo que estaban enfermos.

—¿Qué estás haciendo ? —le preguntó su mujer al verlo trabajar en el aro para el pie.

—Ponle un nombre —le contestó él—. He creado algo nuevo y necesito bautizarlo.

—¿Qué es? —inquirió la mujer.

—Un aro para el pie que me permitirá apoyarme mejor y sostenerme con mayor firmeza sobre mi caballo. Así podré manejar mejor al animal e incluso ponerme de pie y estirarme mientras cabalgo si sujeto las riendas con una mano solamente.

Pronto el hombre estuvo fabricando «estribos», un nuevo invento que la gente de varios kilómetros a la redonda acudía a ver en cuanto oía hablar de él. Los estribos les daban a los jinetes la oportunidad de manejar el caballo con más facilidad, porque podían ponerse de pie sobre la silla. Usándolos, su inventor cabalgaba más rápido para llevar las piedras calientes a los enfermos con control renovado y de forma más segura.

La noticia de la invención de los estribos pronto llegó hasta el rey, un hombre ambicioso que poseía vastas extensiones de tierra, pero que nunca estaba satisfecho.

—Traed a ese coleccionista de piedras ante mí —pidió el rey, y un mensajero fue en busca del hombre, que acudió a palacio.

—Tus estribos me gustan —le dijo el rey—. Ahora mis hombres no tendrán que montar en carros bajos y lentos con una mano ocupada con las riendas, sino que podrán levantarse y luchar desde la posición ventajosa que les ofrecerá el rápido movimiento de sus caballos controlando a los animales con los pies mientras blanden espadas, cuchillos y lanzas.

El coleccionista de rocas entornó los ojos y se retorció mientras escuchaba aquello. Nunca había pensado que su aro para el pie pudiera utilizarse para la guerra. Pero el rey estaba seguro de que los estribos le darían gran poder y dominio sobre los demás. Su voluntad de destrucción era grande. Él veneraba su espada y animaba a su milicia a hacer lo mismo. Su negro corazón tenía una perversa misión que cumplir.

Pronto el monarca abrió una fundición para hacer estribos con el metal extraído de rocas que traía desde todos los puntos del reino. Impaciente e intolerante, forzó a sus súbditos a trabajar como hormigas bajo un sol abrasador. Se forjaban cientos de pares de estribos todos los días, así que durante largo tiempo el rey fue el único hombre con un ejército de caballería que podía montar velozmente y blandir sus lanzas a la vez. Así conquistó en poco tiempo todas las poblaciones de alrededor.

Murieron mujeres y niños. Los ancianos huían cuando oían llegar a los soldados. Caballo y jinete parecían uno solo cuando se movían con rapidez, el caballero dispuesto a blandir la espada como un relámpago mortal.

El coleccionista de rocas y su mujer estaban asombrados. No podían comprender cómo unas piedras tan pequeñas podían traer tantas desgracias, ni cómo el metal que había creado cubos y cálices también era capaz de crear espadas y lanzas. Tampoco entendían cómo la imaginación pacífica que había forjado un bello cáliz había desembocado en una destrucción como aquella.

Aterrado, el hombre fue en busca de rocas más grandes que pudieran servir de tablillas. Sobre ellas esculpió con un cincel «La historia del cáliz y el estribo» y le pidió a su familia que la memorizara y la contara por todos los confines de la Tierra, por si las tablillas de piedra se estropeaban, se rompían o se perdían con el tiempo. Compartieron la historia con escribas, quienes crearon copias en pergamino que se enviaron por todo el mundo y fueron narradas por contadores de historias.

—Lo sé —dijo el contador de historias— porque yo memoricé esta historia y la cuento tantas veces como puedo. Porque ahora soy consciente de que la creatividad es un medio para un fin. Pero ¿cuál? ¿Será construir o destruir? Cada uno de nosotros elige mediante el poder de su intención.

Cuando acabó su relato, el contador de historias se volvió hacia Elizabeth.

—Lleváis equipaje para un largo viaje —le dijo—. ¿Adónde os dirigís?

—Vamos en busca del pozo que nunca se seca —le contestó Elizabeth—. He soñado con él.

—Muchos han ido en su busca, pero ninguno lo ha encontrado —apuntó el contador de historias—. Tal vez no profundizaran lo suficiente para encontrar la fuente.

—Contador de historias, hablas por medio de enigmas. ¿Qué quieres decir con tus palabras? —inquirió Elizabeth.

—Pronto lo sabrás —le respondió el hombre—, cuando los compañeros unan sus manos y llegue una nueva era más amable.

Y con esas últimas palabras, el contador de historias cerró el libro de ese día.

La iniciación

EL MÍSTICO BRILLO DEL ATARDECER DESCENDIÓ sobre la Tierra. A nadie le gustaba más ese momento del día que a Elizabeth.

Tras acomodar a Miriam en la posada y ayudar a David a atender a los burros, Elizabeth caminó hasta la cima de una colina cercana y contempló cómo el sol anaranjado y cálido se hundía tras el horizonte. Era una visión magnífica que llenó su alma de asombro y sobrecogimiento. Pensó en el pastor y le prometió al anochecer que mantendría su corazón tan ligero como una pluma.

Pero cuando la luz empezó a desaparecer, Elizabeth se puso triste. Se sentía sola. Echaba de menos a Joshua.

El pastor llevaba ya dos días fuera, el tiempo más largo de separación entre ambos desde que se casaran unos años antes. Se habían conocido gracias a David, que trabajó en el mercado hasta una mañana aciaga en que el niño se quedó dormido y llegó tarde al puesto de frutas y verduras de su padre. El pastor estaba por allí aquel día, dando de beber a sus ovejas, cuando oyó llorar a un niño pequeño; al acercarse corriendo se encontró a David en el suelo, soportando los golpes de la vara de su padre enfurecido. El pastor curó las heridas del niño antes de volver a emprender su camino.

Pero el drama no había acabado.

Al día siguiente, cuando el pastor fue a comprobar el estado del niño, descubrió que su padre lo había echado de casa y que lo había adoptado Elizabeth, una antigua esclava. La joven invitó al pastor a compartir una buena comida en la fresca sombra de su jardín. Después, Elizabeth le preguntó al pastor si ella y David podían unirse a él en su viaje para descubrir el misterioso «nuevo camino» que se le había revelado en un sueño. El pastor esperaba que ese «nuevo camino» contribuyera a crear un mundo más pacífico. Le animó descubrir que Elizabeth tenía un mapa que le había legado su abuelo y que parecía estar conectado con el misterio.

Pronto estaban los tres en camino hacia una cueva junto al Gran Mar Interior, donde descubrieron un jarro que contenía un pergamino en el que se había escrito la Ley de la Sustitución. La ley decía así:

*Hazme un instrumento de tu paz.
Donde haya odio, ponga yo amor.
Donde haya ofensa, perdón.
Donde haya duda, fe.
Donde haya desesperación, esperanza.*

*Donde haya tinieblas, luz.
Donde haya tristeza, alegría.
Porque dando se recibe.
Perdonando se es perdonado.
Y muriendo a uno mismo se nace a la vida eterna.
Ésta es la Ley de la Sustitución.*

La Ley se convirtió en su credo. Cuando volvieron a su casa desde el Gran Mar Interior, se dedicaron a vivir y trabajar como instrumentos de la paz. Joshua abrió un santuario para la curación de animales enfermos. David se puso a estudiar con un escriba local para poder llegar, con el tiempo, a ser quien dejara constancia de las historias de ensalzamiento de la vida. En cuanto a Elizabeth, encontró un camino completamente nuevo por el que caminar (o tal vez el camino la encontrara a ella).

Sucedió una noche, poco después de que ella, Joshua y David se mudaran a la vieja casa que Elizabeth había heredado de su abuelo. Era tarde. Joshua y David ya estaban dormidos y Elizabeth se estaba preparando para acostarse, cuando un golpecito en la puerta interrumpió el silencio de la noche.

Elizabeth se envolvió en un chal y fue a abrir preguntándose quién podría llamar a aquellas horas. En ocasiones, algún animal perdido se apartaba del camino de rocas y se metía en el frondoso prado del pastor para darle unos cuantos bocados a la hierba verde y alta. Por eso de vez en cuando algún pastor o ganadero en misión de rescate acudía a ellos a horas intempestivas para que lo ayudaran a recuperar a su cordero o ternero perdido.

Pero Elizabeth no habría podido ni imaginarse lo que iba a encontrarse en el umbral. Ante ella apareció una niña pequeña que llevaba un pañuelo de color rojo brillante en la cabeza y que sujetaba un farol encendido en la mano.

—Por favor, señora —le pidió la niña con una vocecita suplicante—. Mi hermana está sufriendo. ¡Venga, rápido!

Tras despertar a Joshua, Elizabeth cogió la mano de la niña y los tres corrieron hasta el extremo más alejado del camino, donde una mujer de no más de veinte años yacía tumbada sobre una manta en la parte trasera de un carro. La mujer tenía las rodillas contra el pecho. Se mordía el labio y su cara era una verdadera máscara de dolor.

—Por favor —suplicó la joven con los dientes apretados—, ¿puede apartar de mí este amargo cáliz?

Instintivamente, Elizabeth supo que la mujer no estaba enferma; estaba de parto. Lo que necesitaba eran unas manos expertas, unas manos curativas que la guiaran durante el nacimiento de su hijo y que estuvieran preparadas para coger al bebé cuando llegara al mundo.

¿Había tiempo para ir en busca de la comadrona, que vivía al otro lado de la montaña? Era tarde, los caminos estaban oscuros y el viaje era arduo. La comadrona era anciana y estaba débil, no podría viajar con la rapidez y la facilidad con la que lo hacía años atrás.

—Por favor —pidió la joven de nuevo, ansiosa—. ¡Líbrame de esta prueba tan dolorosa!

En aquel lugar y en aquel momento, Elizabeth lo supo: aquélla era su iniciación. Su momento. Había recibido una llamada para servir.

Se remangó y le pidió a Joshua que le llevara agua y paños limpios. Sacaron de la cama a un David de ojos somnolientos para que cuidara de la niña, le diera pan y leche y la distrajera de todo lo que estaba pasando. El niño se levantó rápidamente e hizo lo que le pedían.

Y Elizabeth se puso a trabajar, repitiendo las cosas sencillas que le había visto hacer a la comadrona de la casa real.

Le cogió la mano a la mujer para darle apoyo.

Le acarició la mejilla para calmarla.

Le enjugó la frente para refrescarla.

Le humedeció los labios cuarteados para calmar su sed.

Ayudó a la joven a salir del abismo de cansancio en el que se estaba hundiendo y, con palabras suaves y murmullos alentadores, le pidió que buscara en lo más profundo de su interior y sacara lo que allí había: su coraje, su fuerza y su resistencia. Porque si podía recurrir a lo que tenía dentro, podría soportar cualquier prueba.

Eso era lo que Elizabeth creía. Y se quedó junto a la mujer, dispuesta a ayudar.

Las horas pasaron. La noche fue avanzando; el parto era largo y difícil, no parecía que hubiera un final a la vista. Pero entonces, de repente, Elizabeth supo que había llegado la fase final de la prueba a la que la mujer se estaba viendo sometida.

—¡Empuja! —la animó cogiéndole la mano—. ¡Fuerte! —Y ambas trabajaron juntas, como una sola alma en dos cuerpos, con sus dos corazones latiendo al unísono. Eran espíritus buenos en una comunión vital.

Cuando la luna alcanzó el punto más alto de su recorrido, el sonido del llanto del bebé rompió el silencio de la noche. Elizabeth lo sacó de las entrañas de su madre, como había visto hacer muchas veces a Joshua cuando nacía un cordero. Colocó al bebé junto a los pechos de la joven para que lo alimentara y contempló cómo ambos se quedaban dormidos: la cara del bebé tranquila y serena y la de la madre algo fruncida y cansada. Un momento de paz los envolvió. La lucha épica había terminado.

Pronto se corrió la voz del nacimiento a la luz de la luna. Del bebé impaciente que había nacido en un carro. Del bebé que no esperó a la comadrona, sino que fue traído al mundo por Elizabeth, quien le cantó una canción de bienvenida y lo envolvió en un paño de suave algodón.

Poco después de aquello, Elizabeth se puso a aprender el oficio de comadrona con la anciana que vivía más allá de la montaña, que ya quería retirarse después de largos años de duro trabajo. Elizabeth pronto empezó a ser conocida como «la dulce comadrona». Cuando llegaba el momento del nacimiento de un niño, los habitantes del pueblo la llamaban. En muy poco tiempo ya formaba parte de todos los hogares, como un miembro más de todas las familias que compartía los momentos felices y los de lágrimas, los nacimientos fáciles y los que ponían a prueba todas sus capacidades.

Una vez trajo al mundo a unos gemelos que llegaron milagrosamente y llenaron a su familia de una doble felicidad. Y hubo niños que nacieron muertos, siempre una tragedia y una gran calamidad. O criaturas que nacían ciegas, o que morían muy pequeñas. Joshua siempre estaba al lado de Elizabeth, puesto que era su compañero y su amigo, quien la ayudaba siempre que necesitaba otro par de manos, una presencia reconfortante o una voz tranquila. Elizabeth había llegado a necesitarle, a apoyarse en él, e incluso a depender de su presencia.

Pero ahora él se había ido lejos, a ayudar a las víctimas de la inundación. Elizabeth le echaba de menos. Como el sol que calentaba la Tierra, él era quien le daba calor a ella. Como las ramas sostenían las flores, él era su apoyo. Como un refugio en una fuerte tormenta, él la elevaba con su amor y la ayudaba a recordar que el amor es la respuesta. Que el amor es el camino. Que sólo el amor es real.

Mirando al horizonte, Elizabeth observó cómo el sol acababa de desaparecer y era sustituido por un manto de estrellas. Estaba cansada después de un largo día.

Así que volvió a la posada, subió a la habitación donde dormía Miriam, justo al lado de la de David, y pronto se quedó dormida.

Un nuevo día

TODOS SE LEVANTARON TEMPRANO, consultaron el tapiz y, ya estaban a punto de salir del pueblo, cuando lo oyeron.

Plink. Plunk. Plink. Plunk.

Una y otra vez retumbaba el mismo sonido.

Plink. Plunk. Plink. Plunk.

David echó a correr y siguió el sonido hasta llegar a un extremo del pueblo. Allí vivía el farolero. Viejo y frágil, con una barba blanca que le llegaba a la cintura, estaba en su huerto comiendo aceitunas.

Plink. Plunk. Plink. Plunk.

Los huesos de las aceitunas aterrizaban en un recipiente de barro.

—Bienvenidos —exclamó el farolero levantando la vista. El hombre no esperaba recibir visitas tan temprano. Era al atardecer cuando solían acudir los clientes a por velas o aceite para lámparas y faroles.

Pero ahí estaban: tres visitantes matutinos. Esperaron de pie al sol a que el farolero acabara su desayuno y les abriera la puerta.

—Parecéis muertos de hambre —les dijo a los viajeros—. Entrad.

Agradecido, David entró en el huerto y se puso a comer uvas de las vides.

Pero Elizabeth y Miriam se mantuvieron a distancia. Un viejo tapiz lleno de símbolos esotéricos que había sobre una mesa, cerca de la puerta, les llamó la atención.

—Anciano —dijo Miriam acariciando la tela—, este tapiz es misterioso. ¿Qué historia cuenta?

—La historia del pozo que nunca se seca —contestó el farolero—. Muchos han ido en su busca, pero ninguno ha regresado. Tal vez se perdieran en el Laberinto del Sol de la Cantera de las Grandes Piedras. Es un lugar peligroso, cerca del Lago Sagrado.

Elizabeth abrió los ojos de par en par. Tenía un millón de preguntas, pero David se le adelantó.

—Anciano —exclamó el niño mientras se lamía los labios—, los frutos de su huerto son una delicia. Pero ¿qué hay de los frutos de su trabajo? —David señaló la pequeña cabaña blanca que había junto al camino. Cubierto por la sombra, aquel lugar misterioso lo atraía irremediabilmente.

El farolero sonrió, cogió a David de la mano y lo llevó hasta una pequeña habitación llena de piedras de afilar, cera de abeja, mechas, lingotes, recipientes, frascos y trozos gastados de faroles. Ahí, en su taller, el farolero hacía velas, reparaba lámparas y obtenía aceite.

—Chico —dijo el hombre mirando con fijeza a los ojos azules de David—, ¿puedes ver en la oscuridad?

David se quedó callado, porque sabía que algunas preguntas eran como la fruta sin madurar de una vid: mejor dejarlas colgando.

—Si un niño se pone enfermo por la noche —continuó el farolero—, ¿cómo podrás encontrar el camino a la Tierra Alta para ir a buscar a un médico?

La pregunta hizo que David pensara en el pastor, que ya llevaba lejos varios días. De repente, al niño le dolió el corazón. Deseaba poder hablar y caminar con su amigo, que siempre le enseñaba muchas cosas. ¿Qué habría dicho el pastor en respuesta a la pregunta del farolero? El niño buscó en su interior una contestación adecuada.

—Anciano —dijo el niño al cabo de un momento—, el búho ve de noche, igual que el murciélago y la comadreja. Incluso la modesta culebra que arrastra el vientre por el suelo se mueve sin problemas por la noche y es capaz de evitar las rocas resbaladizas. Pero un niño necesita una lámpara para guiar sus pasos o tropezará y caerá. Mi amigo Joshua, el pastor, que está en la Tierra Alta, me lo dijo.

—Ah... —exclamó el farolero con los ojos brillantes—. Tu amigo Joshua es sabio. Pero si la lámpara de Joshua se apaga, ¿qué pasará? —Mientras hablaba, el hombre apagó de un soplo la llama de una vela que todavía brillaba desde la noche anterior. La leve voluta de humo formó espirales en el aire y se quedó suspendida, oscureciendo la visión del niño hasta que el farolero la apartó con otro soplo.

—Joshua guarda en su zurrón todo lo que necesita —dijo David, orgulloso—. Lleva mechas de repuesto y aceite suficiente para cada viaje.

—¿Y si se le acaba la reserva? —le preguntó el farolero.

—El mercado no está lejos —se unió a la conversación Elizabeth. Ella y Miriam habían seguido al niño al interior de la cabaña y ahora estaban a su lado para darle apoyo.

—Sí —añadió Miriam—. Joshua sabe dónde encontrar cosas buenas en abundancia.

—Ya veo. —El farolero se mesó la larga barba—. Pero no es suficiente con encender el fuego. Hay que atender la llama, alimentarla. —Se volvió hacia el hogar y revolvió las ascuas casi apagadas. Las llamas prendieron enseguida y la luz bañó la cara cansada del farolero.

David, distraído, se había alejado para observar un armario que había en un rincón apartado del taller del farolero.

—¿Qué es esto? —inquirió David metiendo la nariz en una olla grande y negra llena de huesos de aceituna marrones y verdes. El niño cogió unos cuantos en sus manos y luego los dejó caer de nuevo sobre los otros, desparramándolos como gotas de lluvia en una tormenta de verano.

—Muchos sólo valoran la carne y el aceite de la aceituna —explicó el farolero—, pero yo hiervo los huesos para obtener lo que hay en su núcleo. Su esencia.

Elizabeth se quedó mirando fijamente al hombre. Ahora que la luz del día se filtraba en el interior de su taller, el farolero parecía desprender una extraña luminosidad.

David también miró al anciano. ¿Había algo que fuera la «esencia» que hacía brillar la luz? Tal vez Miriam o Elizabeth lo supieran. Tendría que preguntarles en algún momento.

Pero por ahora se les estaba yendo el tiempo y tenían mucho que hacer. A través de la ventana de la cabaña, Elizabeth pudo ver que el sol ya estaba alto en el cielo oriental. Se estaba haciendo tarde y el viaje que tenían por delante era largo.

Le agradecieron al farolero su hospitalidad. Sonriendo, él les llenó las bolsas con delicias de su huerto.

Fue entonces cuando David detectó una expresión enigmática en la cara del anciano.

—Llevaos esto —les dijo cogiendo un pequeño frasquito de aceite de uno de los armarios y poniéndolo en las manos de Elizabeth—. Es una mezcla muy concentrada que puede que os resulte útil.

—Gracias —le contestó ella.

Después, David y Miriam le estrecharon la mano al farolero y todos se pusieron en camino de nuevo.

La mendiga

ESTÁ ESCRITO EN EL LIBRO DE LOS PROFETAS que «quien quiera que participe de la celebración de la vida debe traer un invitado». David solía reflexionar sobre esa máxima que Joshua citaba a menudo. Pero el niño no llegó a comprender lo que realmente significaba hasta que él, Miriam y Elizabeth conocieron a la mendiga.

Habían caminado durante todo el día y ya casi habían llegado al paso de la cima de la montaña, situado justo sobre la Cantera de las Grandes Piedras, cuando la vieron. A un lado del camino, estaba sentada sola sobre una roca, al sol y con un platillo en la mano. Vieja y arrugada, con las mejillas hundidas y el cejo fruncido, llevaba una túnica hecha jirones y mostraba una sonrisa preocupada. Cada vez que alguien pasaba a su lado, ella pedía una ayuda.

—¿Una limosna para una pobre? —rogaba—. ¿Pueden abrir su corazón y darle una limosna a una mujer pobre?

Al oírla, Miriam le quitó la tapa a su pellejo de agua y se lo pasó a la mendiga para que bebiera el líquido refrescante. Después, la acompañó a la sombra de un árbol cercano, donde Elizabeth preparó un almuerzo de higos, dátiles, aceitunas y otras delicias provenientes del huerto del farolero.

«Quien quiera que participe de la celebración de la vida debe traer un invitado», pensó David en ese preciso momento, mientras observaba la escena.

Muerta de hambre, la mendiga comió como una loba tras una época de poca caza. La generosa comida llenó su estómago vacío e hizo que su sonrisa se volviera más brillante. Estaba feliz y satisfecha con lo que acababa de recibir.

Pero había otras sorpresas esperándola.

Miriam metió la mano en su bolsa y sacó una túnica nueva para sustituir a la raída que llevaba la mendiga. Elizabeth le lavó y le trenzó el largo pelo blanco a su nueva amiga. Y David le masajeó las manos con hierbas para ablandar los gruesos callos que le habían salido por vivir a la intemperie.

Como buenos enfermeros, la atendieron lo mejor que pudieron y cubrieron todas sus necesidades hasta que ya no quedó ninguna.

—¿Cómo puedo pagaros? —les preguntó la mendiga cuando hubieron terminado. Tenía los ojos llenos de felicidad. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Has recorrido un camino difícil —le dijo Elizabeth—. ¿Qué es lo que te llevó a esto?

—Mi historia es todo lo que tengo —respondió la mujer—. ¿Queréis que os la cuente?

Todos asintieron y la escucharon mientras contaba su historia.

La historia de la mendiga

EN EL PUEBLO de mi familia, en el momento de mi nacimiento, sufrían una gran sequía. Los campos estaban cuarteados. Las cosechas se habían marchitado y los peces, varados, boqueaban en las orillas de los arroyos secos.

—Dios está furioso —le decían los sacerdotes a la gente—. Debemos prescribir nuevas leyes.

Pero antes de que los sacerdotes pudieran actuar, los cielos se abrieron y empezó a llover. Los niños, felices, bailaron bajo la lluvia. Las mujeres ancianas recogieron agua fresca en jarros de barro. Y la comadrona, que acababa de sacarme de las entrañas de mi madre, le recordó a la gente lo que había dicho un sabio: «Un bebé es la promesa de que la vida debe continuar».

¿Era yo?

Mi padre estaba inquieto.

—La niña tiene un antojo —dijo, y se apartó lleno de miedo.

Sólo cuando me cortaron aquel extraño trozo de piel de la cabeza y lo enterraron detrás del establo, me dejó junto a los pechos de mi madre para poder beber de la fuente del amor.

Pero los problemas no habían hecho más que empezar. Cuando la vaca de mi padre dejó de dar leche, él registró la historia de mi nacimiento en el Libro de las Sospechas. Cuando las langostas arrasaron su campo, él me culpó por la infestación y le dijo a mi madre que había llegado el momento de actuar.

No la juzguéis. No la culpéis. Como un burro asustado con un bocado en el hocico, mi madre sólo hizo lo que le ordenaron.

Un día, cuando llegó el carro del mercado, ella me cubrió con la piel de un animal y me ocultó entre los corderos y las ovejas que iban a venderse con la esperanza de que algún granjero generoso me encontrara y me llevara a su casa. Al menos quiero creer que ésa era su intención.

Pero los granjeros no me quisieron y los mercaderes no estaban dispuestos a quedarse conmigo. Los alfareros mantenían la distancia. Llevaba conmigo una marca negra, estaba en la lista negra de todo el mundo, era una oveja negra que iba rebotando de un lado a otro. Mi futuro se presentaba lúgubre y negro.

Un día, una tendera me dio un platillo para mendigar y me llevó al paso de la montaña.

—Quédate aquí —me dijo—, donde los arbustos son frondosos y los arroyos bajan con fuerza. Te darás cuenta de que por esta zona pasan muchos mamíferos.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

—El reino de Dios está dividido —me explicó—. Hay animales de sangre caliente que crían y dan. Cuando miran, ven. Donde hay necesidad, ellos proveen. Pero también hay reptiles con la piel fría, ojos de párpados caídos y corazones pequeños.

Yo no comprendí nada y me quedé allí sola, tendiendo mi platillo. Con el tiempo, las palabras de la tendera se aclararon en mi mente. Pasaban por aquí personas de dos clases: los que veían mi sufrimiento e intentaban aliviarlo en la medida de lo posible y los que seguían andando sin molestarse y sin importarles nada.

Cuando me acostaba por la noche, le pedía a la madre naturaleza que me instruyera.

—¿Qué debo pensar? —le preguntaba al viento, al arroyo y a los árboles que me daban consejos a menudo.

«Sigue amando de todas formas», me susurraba el viento.

«Sé buena sin importar las circunstancias», me decía el murmullo de los árboles.

«No juzgues para no ser juzgada», aconsejaba el arroyo burbujeante.

—Con el tiempo aprendí a encontrar lo bueno y a dar gracias por ello, y a conseguir que el cinismo y la tristeza no frustraran mi alma.

—Gracias por contarnos tu historia —le agradeció Elizabeth a la mujer cuando hubo terminado—. Ahora te reconocemos. Eres una mujer que intenta ver siempre el lado bueno.

Cuando la mendiga terminó su historia, ya era tarde. Elizabeth, Miriam y David decidieron hacer noche en la pequeña cueva seca que la mendiga llamaba hogar.

Todos durmieron muy bien con los estómagos llenos. Porque se habían sentado juntos, anfitriones e invitada, y habían disfrutado del banquete.

Lecciones para Elizabeth

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ELIZABETH se levantó temprano, recogió bayas y preparó un desayuno sencillo con frutas y frutos secos para los demás. Así era como ella hacía las cosas: se aseguraba de que todo el mundo tuviera lo que necesitaba, de que todos estuvieran atendidos y satisfechos.

Desde su infancia en la casa real en la que había crecido, Elizabeth siempre había intentado ser amable y buena, siguiendo el ejemplo de su madre y de su abuela antes que ella. Ambas mujeres eran cuidadoras en la enfermería real, donde atendían a los enfermos. Ambas habían trabajado durante muchos años y se habían enfrentado a grandes desafíos con feroz coraje.

En una ocasión en particular, cuando Elizabeth todavía era muy pequeña, el rey le declaró la guerra a una comunidad vecina y se produjo una batalla muy sangrienta. Soldados heridos y moribundos llenaban la enfermería en la que la madre y la abuela de Elizabeth estaban a cargo de aliviar en lo posible a los que sufrían.

—Estamos al límite —le dijo una ayudante a la abuela de Elizabeth—. ¿Qué podemos hacer?

—Trabajemos todos a la vez, como piezas de un gran engranaje —dijo ella—. Un trabajo constante y regular; ésa es la manera.

Las mujeres la escucharon e hicieron lo que les había dicho.

Y los enfermos fueron atendidos, los heridos curados y todas las necesidades satisfechas.

Pero después, cuando se acercaba el final del día, una gran nube de tristeza descendió sobre el palacio. Había esposas que habían perdido a sus maridos. Madres sin sus hijos. Hermanas que se habían quedado sin hermanos. Hijos que echaban en falta a sus padres perdidos. Quedó un gran vacío en el corazón del palacio cuando se preparó a los muertos para el entierro.

La abuela de Elizabeth se ocupó de los caídos, secó las lágrimas de los que sufrían y después llamó a todas las mujeres. Su voz, normalmente fuerte, le temblaba al hablar en aquellos momentos.

—¡Basta! —dijo—. Basta de derramamiento de sangre y de muerte. Levantaos todas las que tengáis corazón y haced lo que podáis como madres, esposas, hijas, hermanas o tías para detener este sinsentido que se lleva las vidas de nuestros maridos, hermanos, hijos, tíos o sobrinos. Acabemos con esta lucha que mata y mutila a las personas y bebamos del cáliz del amor.

Aquel día, todas volvieron a sus moradas y mimaron a los más jóvenes todavía con más ternura que de costumbre. En el aire se percibía el sentimiento de que la mujer que quisiera mover el mundo debía ponerse en movimiento ella misma, de que las mujeres encerraban en su interior un enorme poder para convertirse en el cambio que querían ver en el mundo.

Pero a la mañana siguiente, la abuela de Elizabeth fue llamada ante la presencia del consejero del rey.

—Tú has levantado a nuestras sirvientas contra nosotros con tu declaración de «¡Basta!» —le dijo—. Has desafiado nuestra autoridad. Debes pagar el precio.

El consejero, furioso, confinó a la abuela de Elizabeth en la sala de los tapices. Allí trabajó remendando sola hasta su muerte. Fue enterrada cerca de los soldados cuyas heridas había tratado aquel aciago día en la enfermería.

Pero sus palabras vivieron en muchos corazones. Elizabeth nunca olvidó el alegato de su abuela a favor de que cada mujer fuera un instrumento de paz. A favor de que las que desearan mover el mundo empezaran por ellas mismas y se pusieran en acción. Porque cuando la espada fuera sustituida por el cáliz del amor se produciría una gran transformación. Y aunque era joven, Elizabeth se comprometió a difundir aquellas palabras a lo largo y ancho de aquellas tierras.

Pero de momento tenía un objetivo más sencillo: servir el desayuno. El sol iba alzándose en el cielo y todo el mundo estaba listo para comer. La mendiga, Miriam y David se habían levantado y estaban sentados juntos, charlando.

—¿Adónde os dirigís? —les preguntó la mendiga.

—Vamos en busca del pozo que nunca se seca —respondió Elizabeth—. He soñado con él.

—Muchos han ido en su busca —replicó la mendiga—. Pero ninguno ha regresado. Tal vez no conocían el secreto del sol y las nubes.

Elizabeth, Miriam y David se quedaron en silencio. Observaron cómo la mendiga inclinaba la cabeza en la dirección del viento y escuchaba lo que la suave brisa le decía.

—Debéis entrar en la cantera cuando el sol empieza a caer —les dijo—. Esperad a que las nubes lo cubran; eso os protegerá de los abrasadores rayos del sol de última hora de la tarde. Cuando lleguen las nubes será el momento de actuar. Sed rápidos. No os entretengáis. Nadie sobrevive a la Cantera de las Grandes Piedras o al Laberinto del Sol bajo el calor intenso de un cielo despejado. El sol sobre las piedras conlleva la muerte.

Miriam, Elizabeth y David le agradecieron el consejo a la mendiga y le preguntaron si deseaba acompañarlos en su viaje. No querían dejarla sola en el bosque. Pero ella era vieja y tenía las piernas cansadas. Además, estaba extrañamente satisfecha con sus circunstancias.

—Estoy con mi madre —dijo inclinándose y apoyando la palma de la mano sobre la tierra—. Y una madre es un regalo.

—Te echaremos de menos —le dijo David. Después le cogió la mano y le pidió que les contara otra historia.

Y ella les narró una que contenía una advertencia.

La hipocresía del hombre santo

UN GRANJERO QUE cruzaba el paso de la montaña cayó mortalmente enfermo cuando iba de camino al mercado.

—Socorro —gritaba en su desesperación—. Si no viene alguien pronto, pereceré.

Pasó el tiempo. Nadie acudió en su ayuda. Así que el hombre se preparó para encontrarse con su Creador. Estaba confesando sus pecados y pidiendo perdón cuando, de la nada, surgió un hombre santo sobre un corcel. Vestido con una túnica prístina bordada con hilo de oro, el hombre llevaba grandes anillos en los dedos y sandalias con joyas incrustadas. Incluso la silla de su caballo estaba adornada con piedras preciosas.

—Hermano —le dijo el hombre santo al granjero que yacía en el suelo a su lado—, veo tu sufrimiento. Tu dolor es grande. Pero hay una multitud en el pueblo siguiente esperando a que vaya a hablarles de la Ley Superior. ¿Qué van a pensar mis seguidores si llego tarde y con las ropas manchadas?

El hombre santo se fue galopando y el granjero se puso a sollozar, puesto que sabía que los últimos granos de arena se estaban escapando del reloj de su vida. La muerte ya se cernía sobre él cuando, de la nada, surgió una mujer de mala reputación. Tenía la cara sucia de tierra y el pelo despeinado. En los brazos lucía las marcas de un látigo, infligidas por los sacerdotes como castigo por sus supuestas malas acciones.

—Hermano —le dijo ella enjugándole la frente y dándole agua—, estoy aquí. Ten fe.

El granjero enfermo esbozó una débil sonrisa y después cerró los ojos, cuando la fiebre lo sumió en la inconsciencia. Durante todo aquel tiempo la mujer permaneció a su lado, cogiéndole la mano, negándose a abandonar la esperanza pese a que la enfermedad del granjero era grave. Su sola presencia ya le daba fuerzas al hombre.

Cuando llegó el anochecer, el granjero pudo incorporarse, ya curado, hambriento y recuperada la salud.

—¿Cómo puedo pagarte por tus cuidados? —le preguntó a la mujer.

—No le digas a nadie que has tenido trato conmigo —le aconsejó—, o tu nombre quedará tan manchado como el cieno del fondo del lecho de un río.

—Mujer —respondió el granjero—, un hombre santo me dejó ahí para que muriera y tú te paraste a atenderme. ¿Quién es más grande: el que habla siempre de la ley pero se sitúa por encima de ella o la vilipendiada que cuida al enfermo?

Abrumada por las amables palabras del granjero, la mujer de mala reputación le dio las gracias y siguió su camino.

La mendiga terminó su historia, hizo una pausa y después volvió a inclinar la cabeza hacia el viento.

—Tened cuidado con aquellos cuyas obras traicionan sus palabras —les aconsejó—. Las acciones siempre hablan más alto.

Ellos asintieron, le acariciaron la mejilla a la mendiga como su padre nunca había hecho y retomaron su viaje.

La Cantera de las Grandes Piedras

CUANDO ALCANZARON LA CIMA PUDIERON verla: la Cantera de las Grandes Piedras. Aquel irregular depósito de mármol blanco y brillante situado entre acantilados dio vida a casas, murallas, monumentos y templos hasta el aciago día en que una marea misteriosa inundó la cantera. Aquel día se pararon las excavaciones; los trabajadores se fueron y nunca volvieron.

En aquel momento, tras consultar el tapiz, Elizabeth y Miriam se decidieron a bajar y entrar. Hacía mucho tiempo que se habían retirado las aguas. El lugar era seco, pedregoso y silencioso. La calma mística que irradiaba de aquellas piedras atrajo a las mujeres. Pero David se mostró algo reacio.

—Hermana —la llamó el niño—, tengo hambre. ¿Podemos comer algo?

Elizabeth le dijo al joven que había visto un riachuelo un poco más abajo.

—Quédate con los burros y no vagabundeas por ahí —le ordenó—. Iré con Miriam a pescar algunos peces y volveremos pronto.

Pero mientras el niño estaba sentado esperando, oyó unos pasos pesados que aplastaban la gravilla.

—Hola —saludó un extraño que emergió de la boca de una pequeña cueva escondida. El hombre llevaba una gran bolsa a la espalda. Estaba sudoroso por cargar con la pesada carga en un día de calor tan bochornoso como aquél.

—Veo que tienes dos burros —continuó el hombre—. Menuda carga. Dos bocas que alimentar. Dos animales que llevar a pastar. Dos que necesitan agua. ¿Nadie te ha dicho que lo mejor de la vida no son las cosas materiales?

A menudo Joshua le daba consejos a David sobre las posesiones mundanas. El pastor vivía frugalmente. Y también Elizabeth.

Pero los animales no eran posesiones; eran los amigos de David.

—Me llevan en sus lomos cuando estoy cansado —le dijo al hombre—. Calman mi miedo cuando estoy solo. Y me quieren siempre, sin pedir nada a cambio.

—Pero ¿quién necesita un exceso como ése? Dos burros... —insistió el extraño—. Deja que yo aligere tu carga. Me llevaré a una de esas bestias y me ocuparé de que vaya a parar a una familia necesitada. —Mientras hablaba, el hombre intentó agacharse para arrancar unas briznas de hierba. Parecía que quería darles de comer a los burros.

Pero al inclinarse perdió el equilibrio y se precipitó al suelo. La bolsa se cayó y se abrió, y por el suelo se desparramó una colección de cofres, collares, anillos y otras alhajas. El extraño que predicaba sobre la sobriedad parecía llevar a la espalda todo un puesto ambulante.

«Tened cuidado con aquellos cuyas obras traicionan sus palabras», recordó David.

—Deje que lo ayude —exclamó David al mismo tiempo que el hombre se incorporaba para recoger sus cosas. Pero en su apresuramiento por volver a colocarse la bolsa al hombro, el extraño golpeó con ella a uno de los burros y el animal se encabritó.

—¡Tranquilo! —gritó el extraño intentando calmar a la bestia y generando la nube de polvo más grande que David había visto en su vida. El burro se puso completamente histérico, y relinchaba y enseñaba los dientes sin ningún control.

—¡Este animal tiene muy malas pulgas! —vociferó el extraño mientras intentaba alejarse, presa de una rabia ciega—. Ningún comerciante lo querría. Me has hecho perder el tiempo.

Sacó una vara de su bolsa y levantó el brazo en el aire. Estaba a punto de golpear a David cuando Miriam y Elizabeth aparecieron por el camino. Al ver a las mujeres, el extraño dejó caer la vara y escapó a pie.

Elizabeth abrazó a David y lo apretó fuerte contra sí mientras él le hablaba.

—Mi padre me castigaba a menudo —contó el niño recordando las crueles palizas que recibía por cualquier pequeña infracción. Los antiguos fantasmas lo asaltaron. Sus cicatrices eran profundas.

Miriam se acercó y posó las manos sobre la espalda del niño con la intención de calmarlo.

—Acamparemos aquí esta noche y haremos una fogata —le dijo Elizabeth. Entonces recogió la vara del extraño y le dijo a David que iba a servir para alimentar el fuego.

Después, los tres se cogieron de las manos y dijeron una oración de agradecimiento por haber logrado evitar la tragedia.

Ablandar lo que está duro

DURANTE EL TERCER DÍA DEL VIAJE, descendieron la montaña y alcanzaron el borde de la Cantera de las Grandes Piedras. Entonces Miriam se sentó, dejó descansar sus pies fatigados y se puso a trenzarse el pelo. David recogió piedrecitas para construir un pequeño muro. Y Elizabeth se tumbó sobre una zona de suave hierba para poner en orden sus pensamientos.

Parecía que había pasado una eternidad desde el momento en que dejaron su casa persiguiendo el sueño de Elizabeth sobre el pozo que nunca se seca. El viaje les había llevado a conocer a personas memorables, cada una de las cuales les había aportado un mensaje.

El contador de historias les había hablado de la capacidad de todas las personas para crear o destruir, según cuál sea el poder de su intención.

El farolero había apuntado que no era suficiente con encender el fuego, también había que atender la llama para que siguiera brillando.

La mendiga los había instado a encontrar lo bueno y a agradecerlo, evitando cualquier juicio a toda costa.

Y el extraño había demostrado que las acciones hablan más alto que las palabras.

Mientras pensaba en aquellas cosas, Elizabeth se sumió en un profundo sueño. Soñó que estaba en un lugar muy lejano, con verdes prados y colinas ondulantes. La anciana estaba allí, sentada en su baúl, feliz de tener visita.

—Has vuelto —le dijo la anciana—. Y esta vez tienes preguntas.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Elizabeth.

—Por la expresión de tu cara. Has visto llorar de dolor al niño. Las heridas viejas son profundas. La tristeza es duradera.

—Sí —dijo Elizabeth—. ¿Qué puedo hacer?

Observó a la anciana mientras ésta buscaba en su baúl y sacaba un recipiente de bálsamo. Con el untuoso líquido, se frotó la piel dura y rugosa que se había ido formando en sus manos a lo largo de años de duro trabajo.

—El bálsamo ablanda lo que está duro —le explicó la anciana—. Y cura. Pero necesita tiempo para actuar. —Mientras hablaba, la anciana continuó frotándose las manos con movimientos circulares. Hundía los dedos una y otra vez en el bálsamo y se lo aplicaba en los lugares más endurecidos.

Elizabeth asintió y extendió la mano para sentir la de la anciana. El ungüento ya había empezado a hacer efecto. Sus manos, algo más blandas y suaves, también latían y transmitían calor.

—Mantente firme —le aconsejó la anciana—. Deja que tu fe te sirva de apoyo.
Cree en la fuerza de la curación.

—¿Y qué pasará si lo hago? —inquirió Elizabeth.
Pero eso fue todo. El sueño había terminado.

David

DAVID CRECÍA COMO UNA PLANTA BAJO el cálido sol. Iba ganando altura a pasos agigantados, y estaba seguro de que un día él sería el más alto de la familia.

—Pronto podré alcanzar la fruta más dulce de las ramas más altas —le dijo a Elizabeth un día—. Y seré más alto que Joshua.

Elizabeth rio ante aquella arrogancia bondadosa, pero aprovechó la ocasión para aleccionar al niño diciéndole:

—Crece para poder llegar muy alto. Pero recuerda siempre que un corazón bondadoso es la verdadera medida de la grandeza de un hombre.

David escuchó porque sabía que la joven siempre decía la verdad desde el amor y amaba la verdad.

Desde que se había ido a vivir con Joshua y Elizabeth, David había estado estudiando con el anciano escriba de un pueblo cercano. El maestro le estaba enseñando a hacer tintas de colores a partir de los tintes de las flores, a fabricar pergaminos y, sobre todo, a apreciar la palabra.

—En el principio ya existía la Palabra y la Palabra era buena —solía decir a menudo el anciano escriba—. Utiliza las palabras con cuidado.

El niño escuchaba y aprendía de su maestro. Pero David siempre obtenía las lecciones más poderosas mientras paseaba y hablaba con Joshua cada día.

En una ocasión, estando en la colina con las ovejas, Joshua le había preguntado a David cómo iban sus estudios.

—El anciano escriba es bueno —le había contestado David—. El maestro es generoso también. Pero el nuevo aprendiz, Isaac, es mezquino. Toma prestados la tinta y el papiro de los demás pero nunca comparte los suyos. A todos los que llegan nuevos les digo que no se hagan amigos de Isaac, porque es egoísta.

Joshua escuchó. Conocía las circunstancias de Isaac: era el último de diez hijos nacidos de padres pobres y ancianos. Tal vez a la joven alma de Isaac no le habían aplicado en su casa el suficiente bálsamo curativo del amor.

—Invitaremos a Isaac a salir con nosotros un día para que puedas conocerlo mejor —propuso Joshua—. Creo que te acabará cayendo bien.

Pero para que reflexionara hasta que llegara el momento, Joshua le contó a David una historia aleccionadora extraída del folclore.

HABÍA UNA VEZ un niño que hablaba mal de un compañero estudiante al que llamaba perezoso. Ese chismorreó desagradable circuló por todas partes antes de que se descubriera que era injusto, mezquino e infundado.

—¿Cómo puedo enmendar las consecuencias de lo que he dicho? —le preguntó el niño a su madre—. He hecho daño a un inocente diciendo falsedades sobre él.

—Coge un pollo y desplúmalo —le ordenó la madre al niño, que se quedó asombrado por la extraña idea—. Luego mete las plumas en una bolsa, sube a la montaña y suéltalas. Cuando las plumas se alejen flotando en el aire, haz que cada una lleve al cielo una oración por el niño que sufre por tus palabras. Cuando hayas hecho lo que te he dicho, vuelve aquí.

El niño actuó como su madre le había aconsejado y después regresó a su casa.

—Ya he hecho lo que me has pedido —dijo el niño, orgulloso—. He subido a la cima de la montaña y he vaciado la bolsa de plumas. Todas se han ido flotando suavemente con la brisa. Ha sido una imagen preciosa. A medida que las plumas se iban alejando, yo le iba pidiendo al cielo que bendijera al niño al que he perjudicado.

—Bien —contestó la madre—. Ahora ve y recoge todas y cada una de las plumas que has soltado en el aire. Mételas en una bolsa y llévaselas al niño al que has hecho daño junto con tu más sincera disculpa.

Cuando Joshua terminó la historia, David esbozó una sonrisa de comprensión. Entonces cogió una pluma para escribir e hizo una lista en un trocito de pergamino que siempre llevaba consigo. Escribió:

No hablar mal de la gente.

Ser amable.

Ser valiente.

Sin importar cuáles sean las circunstancias.

En aquel instante, allí, de pie junto a Elizabeth y Miriam en la boca de la Cantera de las Grandes Piedras, el niño acarició con la mano el trocito de pergamino que llevaba guardado en el bolsillo. Su sabiduría podría servirle de guía en cualquier situación. Confiaba plenamente en ello.

Pero había trabajo que hacer.

Sacaron el pequeño tapiz y Elizabeth y Miriam estudiaron los símbolos tejidos en hilo rojo, dorado y azul sobre el pequeño trozo cuadrado de paño. ¿Por dónde empezar?

Había ocho iconos organizados en un patrón misterioso. Se veían dibujos de acantilados, un sol, murallas, una cueva y un estanque, y también los símbolos de un pequeño cofre, una llave y una especie de agujero en la tierra. Si lo que les había dicho el farolero era cierto, había un Laberinto del Sol situado en el extremo norte de la Cantera de las Grandes Piedras, con un estanque junto a él, oculto en el interior de algo parecido a una caverna.

Aparte de eso, no tenían nada claro, excepto la advertencia.

Elizabeth se repitió mentalmente las palabras de la mendiga: «Debéis entrar en la cantera cuando el sol empiece a caer; el sol sobre las piedras conlleva la muerte».

Enrollaron el tapiz y la joven les recordó a sus compañeros que debían tener paciencia y aguardar a la caída del sol. Después, abrió la marcha hacia la sombra fresca de un árbol situado en la entrada de la cantera y todos se sentaron a esperar.

Fue la espera más larga de su vida.

El momento de actuar

EL SOL EMPEZABA A OCULTARSE EN EL cielo del oeste. Un grueso banco de nubes había aparecido sin previo aviso, pero todavía quedaban varias horas de luz. Había llegado el momento de actuar.

Con las manos unidas, Elizabeth, Miriam y David caminaron hasta la cantera, un misterioso cañón de ruinas abandonadas que parecía estar encantado. El suelo estaba cubierto de cinceles, martillos, varas de medir, mazos, viejos cuchillos, sierras y picos desparramados, congelados en el tiempo sobre enormes bloques de mármol blanco. Algunos de los útiles estaban oxidados; tal vez los trabajadores de la cantera los hubieran abandonado tras la inundación.

—Por aquí —dijo David animando a las mujeres a seguirlo por un camino bien marcado que se dirigía al norte. No habían avanzado mucho cuando se encontraron con una extraña secuencia de murallas de mármol de unos dos metros construidas en ángulos extraños. ¿Por qué habrían construido una estructura tan enorme y tan laberíntica en la parte trasera de una cantera? ¿Ocultaría aquel laberinto algún lugar de reunión al que sólo unos pocos pudieran acceder? ¿Y quiénes serían aquellos elegidos y adónde habían ido?

Elizabeth, Miriam y David estaban confusos pero emocionados.

—¡Mirad! —exclamó Miriam señalando un par de columnas que aún estaban en pie y coronadas por un frontón. Ambas formaban una entrada sobre la que habían grabado lo siguiente:

*Venid y bebed en mi pozo
todos los que tengáis sed
y yo os refrescaré.*

Elizabeth deseaba entrar en el Laberinto del Sol de inmediato. Dio un paso para cruzar la entrada, pero Miriam se mostró cautelosa.

—¡Espera! —gritó.

Elizabeth y David la miraron. La anciana costurera se agachó y empezó a deshilar el dobladillo de su ligera túnica azul. Utilizó una mano como carrete y se fue enrollando el hilo azul alrededor de ella. Le dio varias vueltas hasta que logró tener una buena cantidad de hilo rodeándole su muñeca huesuda. Usaría el hilo para mantener a salvo a su querida prima, para que le sirviera de guía cuando entrara en el Laberinto del Sol, como si de un finísimo cordón umbilical de algodón se tratase.

—Miriam —dijo Elizabeth al ver lo que hacía su prima—. Me dejas perpleja. No hay nadie con tantos recursos como tú.

Pero la anciana no contestó. Estaba concentrada en intentar identificar potenciales dificultades.

—Debes llevar una lámpara —le dijo—, y estar atenta por si hay víboras...

—Todavía mejor —interrumpió David—. Deja que vaya yo en tu lugar. Seré más rápido.

Elizabeth se mostró muy agradecida por su ofrecimiento, pero aquella prueba era exclusivamente suya.

—Si hay algún peligro al que enfrentarse —les dijo a ambos—, lo acepto. Pero si no vuelvo —hizo una pausa porque las palabras se le quedaron atravesadas en la garganta—, decidle a Joshua que lo amaré eternamente.

Al decir el nombre del pastor, una lágrima rodó por su mejilla. Pensó en él. ¿Dónde estaría? Algo le decía que estaba cerca. ¿Era aquello posible? La intuición le decía que pronto lo vería. Rezó con la esperanza de que sus sentidos no la engañaran.

Pero no había tiempo que perder. Tenía trabajo que hacer.

Le dio un beso a David y un abrazo a Miriam, cogió el extremo del hilo unido a la mano de la anciana y entró en el laberinto.

Lentamente, a un ritmo constante, centímetro a centímetro, fue avanzando sin saber qué esperar, aferrándose a un plan muy sencillo: pasara lo que pasase mantendría la mano en la pared izquierda y giraría a la izquierda siempre que tuviera que decidir un camino.

Sin soltar el hilo de Miriam, Elizabeth siguió adelante por el enorme laberinto de piedra. Cuando sólo había adelantado un pequeño trecho, encontró unos huesos secos y blanquecinos que crujieron bajo sus pies recordándole los sonidos de la muerte y el terror. La joven perdió los nervios y, con ellos, el contacto con la pared; se confundió y pronto llegó a un callejón sin salida. Por eso volvió a la entrada, donde Miriam y el niño chillaron de alegría al verla. La abrazaron con fuerza y no querían dejarla volver a entrar en el Laberinto del Sol.

Pero Elizabeth estaba decidida a entrar de nuevo. La segunda vez decidió no separar la mano de la pared derecha del laberinto y girar a la derecha cada vez que llegara a una intersección. Mientras ella avanzaba, Miriam iba soltando hilo, dándole a Elizabeth todo el que necesitara.

Y entonces, de repente... ¡Eureka! Elizabeth vio la salida del laberinto, que llevaba a la boca de una gruta subterránea. Finos rayos de luz se filtraban hacia el interior de la gruta a través de unas grietas en el techo de roca que la cubría. El aire y la luz hacían que fuera posible ver y respirar, así que Elizabeth entró y caminó hacia un estanque que había en el centro y que estaba rodeado de nueve pilares de mármol blanco. Una inscripción en un friso de la pared que había por encima del estanque, decía:

*Bauticémonos con agua, no con lágrimas;
Echemos agua fresca sobre las ascuas calientes de la aflicción.*

¿Qué significaba aquella inscripción? ¿Quién se congregaría en un templo como aquél?

Elizabeth inspeccionó cuidadosamente el lugar. Se fijó en que había una inscripción en cada uno de los pilares: «Misericordia, Amabilidad, Paciencia, Amor, Perdón, Justicia, Cordialidad, Generosidad, Unidad».

Unidad...

Elizabeth se preguntó qué tenía que ver la unidad con el resto de las palabras. Reflexionó un poco sobre aquello, pero allí no había más que ver.

Más allá, tras un par de pilares que estaban algo apartados del estanque, había una mesa de piedra iluminada por los leves rayos de luz que se filtraban a través de la cubierta de roca. Sobre aquella mesa había un cofrecito de madera tallado con gran detalle. Elizabeth abrió los ojos de par en par y deseó con todas sus fuerzas coger el cofre, abrir la tapa y conocer sus misterios. Tal vez aquello arrojara algo de luz sobre el sueño que la había llevado hasta allí.

Pero al acercarse al cofre e intentar abrir la tapa, se dio cuenta de que necesitaba una llave. Recordó que había un icono de una llave en el tapiz. Rodeó la mesa y vio un cubo unido a una cuerda suspendido sobre un agujero en el suelo. Era un pequeño pozo. ¡Justo como indicaba el tapiz! Cogió el cubo y allí estaba: una pequeña llave de metal.

Los pensamientos le bullían en la cabeza. ¿Encajaría la llave en la cerradura? ¿Qué habría en el cofre?

Temblando, Elizabeth se acercó de nuevo a la mesa e intentó meter la llave en la cerradura. Pero estaba oxidada y se resistía a entrar. La movió un poco para que encajara mejor, pero no ocurrió nada. Lo intentó una y otra vez sin suerte.

Se apartó e intentó otra táctica: probó a levantar el cofre. Si no pesaba mucho, podría sacarlo del santuario y cruzar con él el laberinto de vuelta a la Cantera de las Grandes Piedras. Pero el cofre estaba anclado a la mesa de piedra y no era posible separarlo.

Elizabeth sintió que el destino la había llevado hasta allí. Pero tendría que esperar. Ya casi no quedaba luz, así que decidió seguir el hilo y desandar su camino por el Laberinto del Sol para volver a los brazos de Miriam y David.

Una gruesa capa de aceite

LAS PALABRAS SALIERON DE LA BOCA DE Elizabeth como el agua de una cascada. Emocionada y sin aliento, describió lo que acababa de ver.

—Más allá del Laberinto del Sol hay una gruta sagrada que encierra un estanque, columnas de piedra y un cofre —les contó—. El cofre está candado y tiene la cerradura oxidada.

—Déjame ir —pidió David—. Si la cerradura no se abre, seguro que yo podré cargar con el cofre.

—Coser y zurcir me han proporcionado unas manos fuertes —añadió Miriam—. Deja que vaya yo e intente girar la llave.

Elizabeth sonrió. Estaba muy agradecida por el apoyo de su familia. Pero tenía que haber otra solución.

Fue entonces cuando la joven recordó el frasquito de aceite que les había dado el farolero. Les había dicho que era un aceite muy concentrado. Tal vez podría usarlo para arreglar la cerradura.

—Prima —dijo Miriam al oír la idea de Elizabeth—, tu plan es de una gran inspiración.

Pero el plan tendría que esperar porque la oscuridad ya había caído. Encontraron un árbol a un lado de la Cantera de las Grandes Piedras, y junto a él se acostaron para pasar la noche. La búsqueda de Elizabeth tendría que posponerse un día más.

El sueño

ELIZABETH SE DURMIÓ Y SOÑÓ QUE ESTABA en un lugar muy lejano, con verdes prados y colinas ondulantes. En el cruce de caminos de aquel lugar misterioso estaba la anciana del largo pelo blanco sentada encima de un baúl.

—Hola —saludó la anciana—. Has vuelto y tienes preguntas.

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó Elizabeth.

—Por la expresión de tu cara —contestó la anciana—. En un mundo lleno de dominadores que blanden espadas, te preguntas qué esperanza hay para los que bautizan con agua y no con lágrimas y para los que pretenden enfriar el horno de la aflicción. El dolor y la pena se dan de muchas maneras.

—Ése es el camino que sigue este mundo —contestó Elizabeth.

—Pero tú buscas un nuevo camino —replicó la anciana—. Eso me has dicho. Tú quieres saciar tu sed en el pozo que nunca se seca.

La mujer se levantó del baúl y se quedó de pie junto a las llamas de una fogata. El fuego estaba alto y desprendía mucho calor; las ascuas eran rojas y brillantes. Parecía que las llamas atormentaran a la anciana. Su angustia era palpable.

—¿Qué puedo hacer? —suplicó la anciana intentando protegerse del calor abrasador—. ¿Quién me ayudará?

Varios extraños pasaron a su lado y se burlaron de la situación.

—Tú provocaste el fuego —le decían a la mujer—. La culpa es tuya, así que ahora te toca sufrir.

Pero de repente, de la nada, surgieron unas personas que la ayudaron a extinguir las llamas.

—¿Quiénes sois? —preguntó la anciana, pero ellos no le respondieron, porque no buscaban el agradecimiento. Se limitaron a trabajar hasta que la tarea estuvo finalizada.

Elizabeth observó cómo la anciana se daba unos golpecitos en el pecho.

—Te digo, muchacha, que hasta que se produzca un cambio profundo, hasta que la Antigua Ley sea reemplazada por una Nueva Ley y los juicios sean sustituidos por actos de amor, el horno de la aflicción seguirá despidiendo su fuego sin control.

—Lo comprendo —fue la respuesta de Elizabeth.

La cabaña del farolero

JOSHUA ESTABA CANSADO. HABÍA PASADO varios días en la Tierra Alta, ayudando a las víctimas de la inundación, cargando piedras, tendiendo cimientos y construyendo nuevas casas. Aquel trabajo extenuante había socavado sus fuerzas.

Sus ovejas y él, ansiosos por llegar a casa con David y Elizabeth, habían caminado durante toda la noche, así que se les había agotado el aceite del farol. Cuando Joshua se dio cuenta de que se le habían acabado los suministros, se dirigió a la cabaña del farolero.

—Hola —saludó el pastor—. He caminado toda la noche y necesito aceite para mi farol.

Sorprendido al ver a un cliente antes del amanecer, el farolero fue al armario para coger lo que el viajero necesitaba.

—¿Desde dónde vienes? —le preguntó el farolero.

—He estado en la Tierra Alta, ayudando a las víctimas de la inundación —respondió el pastor.

—Entonces tú debes de ser Joshua, el pastor, ¿verdad? —repuso el farolero. Miró con más detenimiento la cara del viajero, redonda y amable, enmarcada por una melena de cabello castaño que le llegaba a la altura del hombro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Joshua sonriendo.

—Tres viajeros que iban en busca del pozo que nunca se seca acaban de pasar por este pueblo —le explicó el hombre—. Elizabeth, que había soñado con el pozo, viajaba con su hermano, David, y su prima, Miriam.

El farolero le mostró a Joshua el misterioso tapiz que guardaba y le describió la geografía de la Cantera de las Grandes Piedras, hacia donde se habían encaminado los viajeros en busca del pozo.

Joshua le dio las gracias al anciano por sus indicaciones y después se dirigió al paso de montaña diciendo: «Voy para allá».

La tentación de Joshua

ENCONTRAR A ELIZABETH ERA LO ÚNICO que le importaba en aquel momento. El farolero le había hablado de su viaje con David y Miriam hacia la Cantero de las Grandes Piedras. El trío se había encaminado hacia allí a través del empinado paso de montaña, pero aquel lugar era complicado de cruzar con las ovejas. Y Joshua tenía prisa... ¿Cuál era la forma más rápida de llegar?

De repente se le ocurrió: cogería un atajo cruzando la Región Árida, donde vivían la mujer-pitón y su secta de adoradores de la serpiente. La mujer-pitón era una marginada que, según se decía, utilizaba poderes sobrenaturales para atraer a los viajeros incautos y convertirlos en miembros de su particular tribu. Los ancianos la insultaban, los sacerdotes la condenaban y muchos la temían.

Pero el pastor no tenía miedo. Su fe le proporcionaba entereza. Su corazón generoso lo guiaría. Además, ningún obstáculo terrenal podría apartarle del objetivo de reunirse con su familia.

Dejando atrás la cabaña del farolero, el pastor miró el sol que aparecía por el horizonte y le prometió al amanecer que mantendría su corazón tan ligero como una pluma. Después, se puso la capucha de la túnica para protegerse del intenso calor de la Región Árida y empezó a caminar.

Durante largo rato, el viaje se desarrolló sin incidentes. Joshua guio a sus ovejas por el paisaje seco, llano y yermo asegurándose de que ninguna se quedara rezagada. *Abba* y *Babba*, *Lev* y *Zev*, *Jonah* e *Iona*, *Little* y *Fiddle*... Todos los miembros del rebaño estaban a la vista y seguros.

Pero, de repente, Joshua oyó una voz.

—¡Aquí!... —gritaba una mujer—. Acércate.No tengas miedo. No voy a hacerte daño.

Estaba sentada en el suelo, detrás de un arbusto y debajo de un toldo, con un grupo de acólitos a sus pies. Los seguidores de la mujer-pitón tenían la mirada vacía y abanicaban a su líder, cuyos pálidos brazos asomaban bajo las mangas de una extraña túnica negra.

—Ven a ver mis serpientes —le dijo a Joshua—. Alégrate la vista con este espectáculo. No tengas miedo. —Mientras hablaba, un grupo de serpientes se entretejió en sus cabellos y se enroscó en torno a sus extremidades y su cuello. Cuando una de las más grandes empezó a asfixiarla, la mujer-pitón dejó escapar un grito extático que hizo las delicias de sus acólitos, que empezaron a abanicarla aún con mayor rapidez.

—Acércate y compruébalo por ti mismo —le rogó la mujer-pitón a Joshua cuando la serpiente hubo aflojado la presión sobre su cuello. Los acólitos se separaron y dejaron paso para que Joshua pudiera acercarse.

Pero el pastor se mostraba cauto. No le gustaban las serpientes húmedas y frías. Prefería los animales de sangre caliente: las ovejas, las cabras..., los mamíferos en general. Además, también le preocupaba el tiempo: no tenía un instante que perder. Debía seguir caminando para llegar hasta su familia.

Pero había algo en la mujer-pitón... ¿Sería su voz suave y atrayente? ¿Sus ojos penetrantes? No lo sabía, pero ejercía una poderosa atracción sobre él. Joshua empezó a flaquear. «¿Qué había de malo en echar un vistazo rápido?», pensó. Los ojos de la mujer lo llamaban y el movimiento sinuoso de las serpientes estaba empezando a hipnotizarlo.

Ya había empezado a acercarse a la mujer-pitón cuando una voz en su interior le susurró: Elizabeth, David, Miriam. En el silencio de su alma, pudo oír la suave repetición de esos nombres una y otra vez.

—Tengo prisa —le dijo Joshua a la mujer-pitón recuperando el control.

«Elizabeth, David, Miriam.» Los nombres no dejaban de repetirse en su cabeza.

La mujer-pitón adoptó una expresión furiosa durante un segundo, pero pronto la reemplazó una sonrisa extraña. Joshua nunca había visto una máscara tan helada y antinatural como aquélla. La sonrisa de la mujer-pitón no se reflejaba en sus ojos.

—¿Adónde te diriges? —le preguntó ella.

—Voy en busca del pozo que nunca se seca —le respondió Joshua.

—Qué lástima —contestó la mujer-pitón—. Porque no existe. Muchos han ido en su busca, pero ninguno ha regresado. Tal vez se perdieran en el Laberinto del Sol. Es un lugar peligroso que puede abrasar la piel humana y convertirla en una corteza ennegrecida.

El corazón de Joshua se aceleró. La idea de que su familia pudiera estar en peligro era más de lo que podía soportar.

«Mantén tu corazón tan ligero como una pluma», pensó mientras intentaba controlarse.

—He de irme ya —anunció Joshua—. Tengo que encontrar a Elizabeth.

—¿Elizabeth? —repitió la mujer-pitón—. ¿Es capaz de encantar serpientes como yo? Mis criaturas me estrangulan por puro cariño. Acércate. Ven a verlo por ti mismo.

Al mirar a las serpientes, Joshua empezó a flaquear de nuevo. Sus movimientos sinuosos seguían el ritmo de la atrayente voz de la mujer y lo apartaban de su objetivo. Ya no era dueño de sí mismo, ya no comandaba su propia alma. El poder del libre albedrío lo estaba abandonando.

Y entonces ocurrió algo imprevisible. Cuando las rodillas de Joshua empezaban a ceder, una serpiente escapó del pelo de la mujer-pitón, se arrastró por el suelo y se enroscó alrededor de la pata de una de las ovejas de Joshua. El animal, asustado, empezó

a retorcerse y a balar frenéticamente; aquello agitó a todo el rebaño, y los animales empezaron a correr en círculos en solidaridad con su hermana. Pronto el caos se apoderó del lugar.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó la mujer-pitón en un tono agudo que logró sacar a Joshua de su trance. El pastor se lanzó hacia su oveja, le arrancó la serpiente de la pata y lanzó lejos al reptil, que se estrelló contra una roca. Los acólitos empezaron a gemir, asustados ante la posible reacción de la mujer-pitón.

—¡Silencio! —ordenó la señora de las serpientes. Pero ya no era ella quien dominaba la escena. El que estaba al mando era Joshua, que ya se había puesto en pie. Con el cayado en alto, se dirigió a los acólitos, que estaban encogidos de miedo a los pies de la mujer-pitón.

—¿Pueden volverse cuerdos los locos? —preguntó—. ¿Pueden los ciegos guiar a otros ciegos? Porque vuestra señora camina en la oscuridad.

Un gran silencio recayó sobre el lugar mientras Joshua se arrodillaba para peinar a sus ovejas y se aseguraba de que no tuvieran culebras, ortigas, abrojos o espinas enredadas entre la lana. Cuando estuvo convencido de que todos sus animales estaban bien, volvió a levantarse.

Pero el intento de seducción no había acabado.

—Come y bebe con nosotros —le rogó la mujer-pitón—. Te prometo una comida que nunca olvidarás.

Le tendió un recipiente marcado con el emblema de las serpientes. Pero Joshua lo rechazó diciendo:

—No sólo de pan vive el hombre.

—Mis riquezas podrían llenar un reino —le dijo la mujer-pitón—. Déjame enseñarte mis tesoros. —Y señaló un cofre con los bordes dorados que había junto a ella.

—¿Para qué? —replicó el pastor—. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

En ese momento, la mujer-pitón se quitó el velo de amabilidad y lo reemplazó con su desnuda ambición y su anhelo de gloria.

—Arrodíllate, y di mi nombre, y contempla los tesoros que podrás poseer —le ordenó la mujer-pitón—. Únete a mi reino. Adórame.

Pero Joshua ya no la estaba escuchando. El hechizo se había roto y el pastor se volvió para alejarse. También se había desvanecido la atracción que la mujer ejercía sobre el resto de los acólitos, quienes recogieron sus cosas y comenzaron a volver a sus lugares de procedencia.

En cuanto a Joshua, contó sus ovejas y pronto se puso de nuevo en camino, en busca de su familia.

Como las azucenas del campo

PRIMERO LLEGARON LAS SÍLABAS:

«Be-bé».

«Ces-ta.»

«A-gua.»

«Ma-má.»

Y después la frase completa:

«Tú eres el bebé que está en la cesta junto al agua con mamá».

Mientras la mujer hablaba, los ojos del bebé parecieron brillar en respuesta, como si dijeran: «Estoy con mi madre. ¿Qué podría ser más perfecto?».

Joshua permaneció alejado, oculto a la vista por la hierba alta. Era mediodía. Acababa de salir de la Región Árida y se había acercado a un arroyo para abreviar a sus ovejas, cuando le llegó surcando el aire aquella peculiar lección de lengua.

«Be-bé.» «Ces-ta.» «A-gua.» «Ma-má.»

Expresado con cuidado y paciencia, saliendo de un pozo sin fondo de cariño que jamás podría secarse, aquél era el lenguaje del amor maternal.

—Hola —saludó el pastor saliendo finalmente de su escondite para acercarse y presentarse—. Soy Joshua, y estoy aquí porque mis ovejas necesitan agua. Espero no molestarla. —Mientras hablaba, los animales se acercaron y metieron los hocicos en el arroyo.

Algo cautelosa en un primer momento, la mujer no contestó. Protegió al bebé de aquel hombre desconocido hasta que vio la cara amable y amistosa del pastor, se dio cuenta de que era una buena persona y bajó la guardia.

—Soy Martha —se presentó ella—. Y mi bebé se llama Joseph.

A pesar de su timidez, la mujer conversó con Joshua y le contó que vivía en un pueblo cercano junto con su marido, que trabajaba como jefe de caravana. El sol del mediodía brillaba ya alto sobre la cabeza de Martha, así que la mujer se dio cuenta de que pronto sería la hora de servirle el almuerzo a su marido antes de que saliera con la caravana. Se excusó y se preparó para irse.

Hasta entonces, todo pareció ir bien.

Pero en un instante todo cambió. Al colocar al bebé en la cesta, su carita se puso roja como una remolacha y la criatura empezó a llorar inconsolablemente, mientras encogía el cuerpo a causa de un ataque de dolor.

Alarmado, Joshua dejó su cayado y se acercó a la joven madre cuyo bebé chillaba y lloraba sin parar.

—Mujer, ¿qué puedo hacer? —le preguntó el pastor. Se habría ofrecido a ir al pueblo en busca del médico, pero no conocía la casa—. Mujer —repitió—, ¿qué puedo hacer?

Tranquila y con la atención centrada en el bebé, la mujer lo cogió y se lo colocó sobre el hombro poniéndole ambas manos en la espalda. Lo acunó y lo meció y el enrojecimiento de la cara del bebé empezó a desaparecer. Los brazos y las manos del niño comenzaron a relajarse y, poco después, ella ya pudo volver a colocarlo en la cesta, donde se quedó dormido.

Asombrado, Joshua le preguntó a la mujer qué había hecho para aliviar el dolor del niño.

—He hecho lo que me dijo la comadrona —explicó la mujer—. La primera vez que el niño se puso así, lo llevé al médico y me dijo que no había cura. Pero la comadrona no estuvo de acuerdo y me aconsejó: «Démosle tiempo al tiempo. Esto pasará. Recuerda las azucenas del campo: ellas no se preocupan ni se azoran. Ni siquiera el propio Salomón en toda su gloria se muestra tan tranquilo como ellas».

—¿Y así es como consigues mostrarte tan tranquila? —preguntó Joshua—. ¿Recordando las azucenas?

Pero la joven madre no contestó. Toda su atención estaba centrada en el niño; incluso mientras él dormía, la mujer lo acariciaba y lo tranquilizaba con sus manos suaves.

Al cabo de poco rato, cuando ella ya estuvo lista para volver al pueblo, Joshua decidió caminar junto a ella. La madre llevaba la cesta en una mano y al niño sobre el hombro.

—¿Adónde te diriges? —le preguntó al pastor.

—Voy en busca del pozo que nunca se seca —respondió Joshua.

—Dicen que está muy cerca de aquí, junto a la Cantera de las Grandes Piedras —le comentó la mujer—. Mi marido, el jefe de caravana, va en esa dirección. Le diré que os lleve a ti y a tus ovejas, así llegaréis allí antes.

Contento de poder ahorrar tiempo, Joshua le dio las gracias a la mujer, que también le entregó comida para el viaje. La joven lo observó mientras subía a un carro de la caravana con sus ovejas. Cuando la mujer y el bebé se marcharon, Joshua se acurrucó entre sus animales y pronto se sumió en un plácido sueño.

El camino menos transitado

JOSHUA SE DURMIÓ Y SOÑÓ CON UN lugar muy lejano, con verdes prados y colinas ondulantes. En un cruce de caminos de aquel misterioso lugar, había un anciano sentado sobre un baúl.

—Hola —lo saludó el anciano—. Estás buscando algo.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó Joshua.

—Por la expresión de tu cara. La mayoría de la gente que viene por aquí intenta encontrar el pozo que nunca se seca. Puedo indicarte el camino. Pero creo que ya lo conoces. Coge el menos transitado. Ve con las mujeres sabias que atesoran el poder. Y honra las manos que curan.

—¿Y qué pasará si lo hago? —inquirió Joshua.

Pero eso fue todo. El sueño había terminado.

De vuelta a la gruta

JOSHUA! ¿DÓNDE ESTÁS? ¡TE NECESITO!»

En su mente, Elizabeth pronunció el nombre del pastor convencida de que estaba cerca; sus sentidos se lo aseguraban. Pero ¿llegaría a tiempo para unirse a su búsqueda? Había empezado a atardecer y ella pronto volvería a por el cofre.

Ya estaba guardando el frasquito de aceite, lista para embarcarse en una nueva aventura, cuando el sonido de unos pasos sobre la piedra reverberaron en la cantera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó David. Miriam se quedó inmóvil. Elizabeth permaneció donde estaba. Todos se volvieron para mirar.

De repente, aparecieron dos ovejas andando tranquilamente por el cañón. Al llegar a su altura, olisquearon a David y empezaron a darle lametones como si fuera un terrón de sal.

—¡*Little!* ¡*Fiddle!* —las saludó el muchacho. Estaba a punto de ponerse de rodillas para besarlas a ambas cuando vio que Joshua subía por el cañón con el resto del rebaño.

—¡Joshua! —gritaron todos a la vez—. ¡Estás aquí! ¡Has venido!

El pastor besó a Elizabeth, le dio un abrazo a David y ambos le presentaron a Miriam.

Su feliz reencuentro se mezcló también con algunas lágrimas cuando el pastor les habló de su angustiada experiencia con la mujer-pitón y de su encuentro con la joven madre cuyo bebé enfermo había recuperado la salud.

Durante unos cuantos minutos, permanecieron allí, felices de estar rodeados de la amorosa presencia de los demás. Pero no podían demorarse. Se acercaba el anochecer. Apareció un banco de nubes y Elizabeth se dispuso a repetir el camino. Le explicó a Joshua lo que pretendía, lo cogió de la mano y lo guió por el Laberinto del Sol hasta la gruta.

—¿Está lejos? —le preguntó el pastor a Elizabeth mientras la seguía.

Pero ella no tenía palabras, sólo una firme resolución. Avanzaba con rapidez porque no quería malgastar el tiempo. Iba dos pasos por delante de él, con la mano derecha tocando la pared del laberinto mientras se iba preparando para el encuentro con su destino.

Cuando llegaron a la boca de la gruta, ambos se detuvieron y rezaron una oración de protección. Joshua cogió a Elizabeth de la mano y juntos entraron en el silencio del santuario. Allí, el pastor contempló el estanque, los pilares y las antiguas inscripciones. Elizabeth estaba de pie a su lado, pero permaneció callada mientras él observaba la escena. Sólo el tiempo diría si su plan tenía éxito.

Después, lentamente y con mucha cautela, ambos se aproximaron al cofre. Elizabeth sacó la llave y la colocó sobre la mesa. Buscó el frasquito en su bolsa y cubrió la llave con una gruesa capa de aceite para, finalmente, meterla en la cerradura. Giró la llave a la izquierda e intentó levantar el cierre con suavidad. Pero no se abrió.

—Ten paciencia —le dijo Joshua sabiendo que ella no podría actuar de otra forma. Las elegantes manos de Elizabeth eran lentas y cariñosas cuando traía una nueva vida al mundo. Él siempre estaba a su lado en aquellas ocasiones, en cualquier momento en el que necesitara que la ayudara en el trabajo. Y aquella vez no era diferente.

Elizabeth volvió a cubrir la llave con una nueva capa de aceite. Entonces empezó a temblar. La tensión del momento estaba empezando a superarla.

—Deja que te ayude —le dijo Joshua poniendo su mano sobre la de ella. Él la sujetó y la tranquilizó. Y ambos trabajaron unidos. Juntos metieron la llave en la cerradura y la giraron con cuidado y lentitud hacia la derecha. Y entonces, de repente... ¡Clic! Entró y abrió.

—Dios mío, por favor —rezó Elizabeth—. Guíame.

Las manos de la joven dejaron de temblar cuando la tapa del cofre se abrió y reveló lo que parecían ser dos tablillas de mármol unidas por una bisagra de metal que formaban un libro.

El libro le gritaba: «¡Ábreme!», pero el tiempo era esencial. Elizabeth y Joshua querían volver con David y Miriam antes de que acabara de caer la oscuridad y todavía tenían que atravesar el laberinto de nuevo.

Elizabeth le pasó el libro a Joshua y observó cómo el pastor lo guardaba a buen recaudo en su zurrón. Los dos volvieron sobre sus pasos con rapidez, salieron de la gruta y cruzaron de nuevo el laberinto.

Durante un breve lapso de tiempo todo pareció ir bien.

Pero de repente Joshua pisó un hueso y se torció el tobillo.

—¡Elizabeth! —exclamó—. ¡Me he hecho daño!

Alarmada, su esposa cogió a Joshua del brazo y lo acompañó de vuelta a la gruta, donde le quitó la sandalia y le metió el pie en el agua fresca del estanque. Elizabeth le puso las manos encima de los hombros al pastor y le pidió al cielo que el aceite de la serenidad llenara sus lámparas, que los mantuviera tranquilos y que les otorgara la curación.

Mientras, en la Cantera de las Grandes Piedras, David y Miriam estaban empezando a preocuparse. ¿Dónde estaban Elizabeth y Joshua? ¿Por qué no habían vuelto todavía? Se estaba haciendo tarde y comenzaba a caer la noche. Y con ella llegaría el peligro. David podía olerlo, saborearlo y sentirlo.

—¿Debería ir a buscarlos? —se ofreció David.

—Sólo eres un niño, joven e inocente —le dijo Miriam.

—Si Elizabeth y Joshua me necesitan, entonces hoy seré un hombre —afirmó David. Encendió una antorcha, se acercó a la pared de la derecha y entró en el laberinto. Miriam se quedó al cuidado de los burros y las ovejas mientras él desaparecía en la oscuridad.

Un valle de oscuridad y muerte

HOLA-HOLA-HOLA...»

La voz de David rebotaba contra los muros de piedra del Laberinto del Sol mientras caminaba y llamaba a su familia en la noche. De vez en cuando, levantaba la vista hacia el vasto manto de estrellas brillantes y se maravillaba ante el universo.

—El Gran Plan es mucho más complejo de lo que puedas imaginar —le había dicho Joshua una vez—. Dios es grande y Su plan demasiado intrincado para que nosotros podamos comprenderlo. ¿Dónde estábamos nosotros cuando Dios puso las estrellas en el cielo o cuando creó los océanos? Somos demasiado insignificantes para comprender.

David sintió la enormidad de aquellas palabras y el miedo hizo mella en él. Estaba solo, caminando de noche por el interior de un laberinto que parecía un valle de oscuridad y muerte. Los huesos secos se quebraban bajo sus pies. Un murciélago pasó por encima de su cabeza rozándole el pelo y le provocó un escalofrío que le recorrió la columna. Una serpiente reptó justo por delante de él y David se estremeció ante el contacto frío y húmedo del reptil. Un extraño animal nocturno (¿sería una comadreja?) le dedicó una mirada siniestra desde una esquina del laberinto. Como David, el animal parecía no saber adónde iba.

Pero era necesario que el niño soportara todo aquello y aguantara. Tenía que ser un hombre. Joshua y Elizabeth contaban con él.

—Hola-hola-hola... —volvió a decir. Y de repente, milagrosamente, le llegó una respuesta.

—Estamos aquí —gritó Joshua—. En la gruta. Sigue acercándote.

David levantó la antorcha y el círculo de luz iluminó a Joshua y Elizabeth. Unidos bajo las brillantes estrellas, el pequeño y su hermana hicieron que el pastor se apoyara en ellos y juntos recorrieron el camino de vuelta hasta donde estaba Miriam, que se había refugiado entre las ovejas, al lado de los burros. Pronto todos se acurrucaron allí y se quedaron profundamente dormidos.

A la mañana siguiente

HABÍA SALIDO EL SOL. LA HIERBA ERA suave y los cuatro estaban tumbados sobre ella mirando el infinito cielo azul y recordando vívidamente la difícil aventura de la noche anterior.

—Aunque tuve que cruzar el laberinto a oscuras, no temí nada, porque tú estabas a mi lado con la antorcha —le dijo Joshua al niño.

David sonrió. Le hacía feliz haber podido guiar al pastor y haberlo llevado, junto con a Elizabeth, hasta un lugar seguro. El tobillo de Joshua ya estaba mejor. Las ovejas también estaban allí: *Abba* y *Babba*, *Jonah* e *Iona*, *Little* y *Fiddle*, y también *Lev* y *Zev*, todas sanas y salvas.

Los cuatros estaban deseando ver lo que Elizabeth había encontrado en el cofre. Joshua cogió su zurrón, sacó el libro de piedra y lo colocó sobre un trozo de tela amarilla que Miriam había extendido en el suelo. Joshua, Elizabeth, Miriam y David se arremolinaron a su alrededor para examinarlo más de cerca.

Las tablillas eran pequeñas, de unos quince centímetros de ancho, veinte de alto y un centímetro y medio de grosor. Eran de mármol blanco y estaban sujetas la una a la otra mediante una bisagra de metal muy bellamente grabada que relucía bajo el sol. En la fina filigrana se adivinaba la mano de un verdadero artesano. Aquello lo había hecho un maestro.

Elizabeth pasó la mano sobre la lisa superficie y se percató de que en un punto alguien había grabado las iniciales «HCC».

—¿Qué significarán esas letras? —preguntó Miriam señalándolas.

De su época en la casa real, Elizabeth recordaba que aquellas letras eran las siglas de la «Hermandad de Comadronas y Curanderas», una antigua y esotérica sociedad formada por librepensadoras y autodidactas. Aquellas mujeres habían sido expulsadas de los pueblos y exiliadas a una región montañosa distante por promover la idea de que las mujeres poseían el don de curar en las manos.

—La Hermandad decía que la curación era el derecho de nacimiento de toda mujer —explicó Elizabeth—. Creían que las mujeres traían al mundo la poderosa fuerza curativa de la Madre Tierra y que, si había suficientes mujeres que se atrevieran a «poseerla», llegaría una nueva era de salud, curación y armonía.

Curar con el amor de madre. Era una idea simple. Eso era lo que la hacía tan potente. ¿Qué mujer no había conseguido que sus hijos enfermos se sintieran mejor? Abrazar y consolar era algo natural en las madres, un talento que se les había concedido y que todas tenían en la punta de los dedos.

Pero aquello les daba miedo a los hombres que ostentaban el poder. Ver cómo las mujeres acudían en masa a la Hermandad para aprender sobre la curación mediante el contacto llevó a los clérigos a imponer límites en lo concerniente a quién podía tratar a los enfermos: los hombres eran los únicos que tenían potestad para hacerlo. A las mujeres se les prohibió la práctica médica excepto en las «tareas de mujeres», como la de comadrona.

Desafiante, la Hermandad pasó a la clandestinidad y empezó a reunirse en secreto en cuevas y grutas donde había estanques sagrados y aguas tranquilas que utilizaban para ayudar a los enfermos a lograr el equilibrio entre mente, cuerpo y espíritu. Pronto empezaron a circular historias milagrosas sobre cojos que volvían a andar o ciegos que veían de nuevo.

—Los resultados eran poderosos —concluyó Elizabeth—. Y los poderosos empezaron a temer aquellos resultados.

—¿Y entonces la Hermandad usurpó la autoridad? —quiso saber Miriam.

—Más bien al contrario —respondió Elizabeth—. Ellas querían una sociedad en la que todos pudieran aportar los talentos que Dios les había dado. Donde todos trabajaran al unísono. Sin dominación; sólo unidad.

«Unidad.» La inscripción de la columna apareció flotando entre los recuerdos de Elizabeth. Aquello la llevó de nuevo a la tarea que tenía entre manos: examinar las tablillas. Abrió la tapa de piedra y leyó la primera inscripción:

*Levantaos todos los que tengáis corazón
y bebed del cáliz del amor.*

Sorprendida, Elizabeth se acordó de que años atrás su abuela había pronunciado unas palabras similares para consolar a las mujeres del palacio después de una gran batalla que se había llevado muchas vidas.

¿Cómo podía conocer su abuela aquella cita? ¿Estaba conectada con la Hermandad a través de alguno de sus ancestros? La prima de su abuela (la abuela de Miriam) había sido la poseedora del tapiz que llevaba a la Cantera de las Grandes Piedras, el Laberinto del Sol, la gruta, el estanque sagrado y el cofre. Todo quedaba en familia.

Elizabeth miró llena de asombro a Joshua, Miriam y David, que estaban a su lado. Después leyó la inscripción de la segunda piedra:

Credo de la hermandad

*Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres
y de los ángeles, si no tengo amor,
soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.
Aunque tuviera el don de la profecía y*

*conociera todos los misterios y toda la ciencia,
aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de mover montañas,
si no tengo amor, no soy nada.
Aunque repartiera todos mis bienes
para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas,
si no tengo amor, no me sirve para nada.
El amor es paciente;
el amor es servicial;
el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza.
No busca su propio interés;
no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido;
no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.
El amor todo lo disculpa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no pasará jamás.
Las profecías acabarán,
el don de lenguas terminará,
la ciencia desaparecerá.
Porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas;
cuando llegue lo que es perfecto, cesará
lo que es imperfecto.
Después veremos cara a cara.
Ahora conozco todo imperfectamente;
después conoceré como Dios me conoce a mí.
En una palabra, ahora existen tres cosas:
la fe, la esperanza y el amor,
pero la más grande de todas es el amor.*

Primera carta a los Corintios 13, 1-13

El poder del amor

AHÍ ESTABA; EL SECRETO HABÍA SIDO revelado. El pozo que nunca se seca es el poder del amor. El poder que puede encontrarse en el interior del corazón humano. El poder de la bondad y la amabilidad. De la generosidad y la paciencia.

Elizabeth llevaba mucho tiempo buscando ese conocimiento.

Pero ¿acaso no lo había sabido siempre?

A lo largo de su infancia en el palacio, su madre y su abuela le habían enseñado a mostrar amor y a ser amable. Ambas mujeres fueron poderosos ejemplos de bondad que utilizaban sus manos cuidadosas y sus corazones generosos para ayudar a los enfermos y confortar a los que sufrían. Y siempre, desde que Elizabeth era muy pequeña, le habían enseñado a bendecir a los que la maldecían. A rezar por aquellos que le hacían daño y a amar a sus enemigos.

Algunos confundían su bondad con debilidad. Pero eso a ellas no les importaba; creían que el amor podía ablandar los corazones más duros y se arriesgaron a probar que aquello era cierto.

La comadrona real también había ilustrado a Elizabeth en la naturaleza del amor recordándole que no se trata de una recompensa que se les dé a quienes la merecen, sino de una recompensa en sí misma.

Y por último, pero no por ello menos importante, estaba Joshua, que la había elevado con su amor y le había revelado la fuerza duradera de ese sentimiento.

En aquel momento, mirando aquellas tablillas, Elizabeth se preguntó qué le habría ocurrido a la Hermandad. Obligada a ocultarse en cuevas y grutas de las montañas, se había desvanecido sin más. Tal vez la inundación de la cantera la había expulsado de allí. Nunca lo sabría.

Pero las tablillas habían sobrevivido. El Credo (su manifiesto) estaba intacto. Seguramente, los mismos canteros que habían construido el Laberinto del Sol para proteger a la Hermandad de las autoridades opresoras también habrían cincelado aquellas tablillas para las mujeres que creían que el amor era la esencia de todo. Las palabras del Credo tenían que preservarse a toda costa.

Pero ¿qué pasaría entonces?

Elizabeth no estaba segura. El contador de historias había mencionado la llegada de «una nueva era más amable». La Hermandad hablaba de mujeres levantándose, reivindicando su poder y hermanándose en el amor. La anciana del sueño había dicho que el mundo necesitaba un cambio profundo, de corazón. Pero ¿qué se necesitaba para conseguir todo aquello?

¿Qué podría animar a más cuidadoras voluntarias (ángeles terrenales, ángeles en formación) a lanzarse a verter agua fresca sobre el horno de la aflicción para apagar así las brasas encendidas? Haría falta una gran convocatoria: una reunión.

Elizabeth estaba perdida en sus pensamientos cuando la voz de Joshua hizo que recuperara la consciencia de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Debemos difundir este mensaje todo lo posible —dijo—. Hagamos que la palabra llegue a todos los que son bienaventurados porque buscan la paz o la curación.

—Sí —estuvo de acuerdo Miriam—. Bordaré ese mensaje en mis tapices de hoy en adelante.

—Yo contaré la historia del pozo que nunca se seca —añadió David—. Y algún día la escribiré.

Unidos en espíritu y propósito, reunieron a las ovejas y los burros y comenzaron el largo viaje de vuelta a casa.

El viaje de vuelta

SU CASA. HABÍAN ESTADO FUERA TANTO tiempo que aquel lugar se había convertido en un recuerdo lejano, una abstracción. Entonces, por fin, estaban a punto de volver a las cosas que conocían y amaban.

—Llenaré un cuenco de higos y comeré hasta que ya no pueda más —dijo David.

—Yo me tumbaré en mi prado favorito, bajo las estrellas, y dormiré hasta que las vacas vuelvan a los establos —anunció Joshua.

—Yo me sentaré a coser y no pararé hasta que haya arreglado todas nuestras túnicas raídas —prometió Miriam.

En cuanto a Elizabeth, lo que ella quería era convocar a las mujeres a una gran reunión que tratara sobre el amor y la curación.

Durante su regreso, se encontraron de nuevo con todos los que habían conocido antes: la mendiga, el farolero, el contador de historias y la mujer sorda que había perdido a su hija arrastrada por el agua del río.

Haciendo dibujos sobre el suelo, la mujer sorda le contó a Elizabeth que la habían enviado a vivir a una comunidad de marginados. Con las manos le habló del dolor y la tristeza por haber perdido a su hija y le explicó que la razón por la que seguía viviendo eran los niños huérfanos que había entre los marginados. Cuidarlos era un bálsamo que la hacía sentirse menos rota por el dolor.

¿Merecía sufrir aquella mujer?

¿Se había ganado toda aquella aflicción?

¿Estaba marcada por alguna maldición?

No, no y no. Aquella mujer llena de bondad y amor no había hecho nada malo.

¿Por qué, entonces, se había visto afectada por la tragedia?

¿Por qué le ocurrían cosas malas a la gente buena?

Elizabeth sólo podía pensar en el Credo: «Ahora conozco todo imperfectamente».

Los planes de Dios son intrincados e inescrutables. Son un misterio.

Pero ese conocimiento imperfecto no había detenido a los sacerdotes y a las autoridades a la hora de juzgar, culpar y castigar a aquella mujer. Su cultura de la culpa, marcada por un deseo de dominación y control, era tan corrosiva como el óxido sobre el metal. Sólo el aceite de la serenidad podría suavizarla.

El amor era la respuesta. El amor era el nuevo imperativo. Si el dolor era el maestro, el amor era la lección.

Elizabeth lo sabía con cada partícula de su ser.

*Construido sobre piedra,
no sobre arena*

CUANDO YA ESTABAN CERCA DE SU CASA pasaron junto al maestro de David, el anciano escriba.

—Debemos copiar el Credo y hacer que circule a lo largo y ancho de estas tierras —dijo el escriba.

—Sí —afirmó David—. Y le pediré a mi amigo Isaac que nos ayude.

—Eso debes hacer —lo apoyó Joshua.

Al llegar a su hogar, hicieron planes para construir una nueva habitación donde guardar las tablillas y donde David pudiera estudiar y escribir. También añadirían un cuarto de costura para Miriam, que había accedido a irse a vivir con ellos.

—Construyamos sobre piedra, no sobre arena —dijo el pastor—. Nuestros cimientos siempre serán los del amor.

—Eso es —apuntó Elizabeth—. Nadie podrá arrebatarlos nunca lo que valoramos.

Hicieron un agujero en la pared de la habitación donde el abuelo de Elizabeth almacenaba algunas de las pertenencias de su esposa y encontraron una cavidad oculta. Dentro había un cofrecito que guardaba un tapiz bordado con las siguientes palabras:

*Levantaos todos los que tengáis corazón...
Y tomad el poder.*

—¿De dónde habrá salido esto? —preguntó Elizabeth. Miriam pasó los dedos por el tapiz, que estaba muy bien bordado. Representaba la imagen de una mujer de pie sobre una roca que sostenía un cáliz sobre las manos estiradas. En el suelo, junto a la mujer, había una espada desnuda.

—Es un misterio —constató Joshua—. Seguramente nunca lo sepamos.

Y de momento estaban demasiado ocupados como para intentar averiguarlo. Colgaron el tapiz en la pared de la estancia y emprendieron la tarea de renovar su antigua casa.

El Credo

*Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres
y de los ángeles, si no tengo amor,
soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.
Aunque tuviera el don de la profecía y
conociera todos los misterios y toda la ciencia,
aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de mover montañas,
si no tengo amor, no soy nada.
Aunque repartiera todos mis bienes
para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas,
si no tengo amor, no me sirve para nada.
El amor es paciente;
el amor es servicial;
el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza.
No busca su propio interés;
no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido;
no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.
El amor todo lo disculpa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no pasará jamás.
Las profecías acabarán,
el don de lenguas terminará,
la ciencia desaparecerá.
Porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas;
cuando llegue lo que es perfecto, cesará
lo que es imperfecto.
Después veremos cara a cara.
Ahora conozco todo imperfectamente;
después conoceré como Dios me conoce a mí.
En una palabra, ahora existen tres cosas:
la fe, la esperanza y el amor,
pero la más grande de todas es el amor.*

Primera carta a los Corintios 13, 1-13

Unas palabras sobre el Credo

Extraído de la Primera carta a los Corintios, el Credo es uno de los pasajes más inspiradores, profundos y apreciados de todos los tiempos. Suele incluirse en las ceremonias nupciales, en panegíricos y en recopilaciones de poesía, ya que describe lo que se requiere para transformar el mundo.

¿Creéis en lo que dice?

Entonces guardadlo en vuestro corazón. No escondáis el amor bajo grandes pesos. Hoy mismo, en este mismo momento, dejad que la luz del amor brille para que todo el mundo pueda verla.

Fuentes

La autora ha utilizado material de las siguientes fuentes para la realización de esta obra:

Riane Eisler, autora de *El cáliz y la espada: la alternativa femenina*, obra donde se explica la diferencia entre el modelo dominador y el modelo solidario.

The New Oxford Annotated Bible: The New Revised Standard Version.

Lucas 6, 32-38, base para la explicación de la comadrona acerca de lo que es el amor.

Primera carta a los Corintios 13, 1-13, que se corresponde con el Credo de la Hermandad.

Juan 1, 1-2, fuente de las palabras del viejo escriba: «En el principio ya existía la Palabra».

Job 8, 11, inspiración de la pregunta: «¿Crecen los papiros que necesitan los escribas donde no hay lodo?».

Job 38, origen de los comentarios de Joshua a David: «¿Dónde estábamos nosotros cuando Dios puso las estrellas en el cielo [...]?».

La Biblia (versión del rey Jaime).

Isaías 48,10, de donde se ha extraído la expresión «el horno de la aflicción».

Mateo 16, 26, de donde proviene la cita: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?».

Kent M. Keith, autor de *Los mandamientos paradójicos*, obra en la que se explica la creencia del autor en «el amor incondicional».

Carl Sandberg, que escribió «Un bebé es la promesa de que la vida debe continuar», que se cita en la historia de la mendiga.

Puede que la expresión «declaración de ¡Basta!» se origine en el movimiento por la simplicidad. La autora la ha adaptado aquí a los propósitos de la narración.

«La historia de las plumas de pollo» es la versión de la autora de una historia jasídica que aconseja contener la lengua (*lashon hara*) porque las palabras pueden hacer daño.

Barbara Ehrenreich y Deirdre English, autoras de *Brujas, comadronas y enfermeras: historia de las sanadoras*, le aportaron a la autora la perspectiva histórica sobre las mujeres en la medicina.

Julia Ward Howe y su Proclamación del Día de las Madres, que son la fuente del discurso que he llamado «declaración de ¡Basta!» que pronuncia la abuela de Elizabeth y de la idea de que debemos bautizarnos con agua, no con lágrimas.

Ésta es la proclamación original del Día de las Madres, escrita por Julia Ward Howe, autora de *Reminiscences*, en 1870.

¡Levántense, mujeres de hoy!

¡Levántense todas las que tienen corazones, ya sea su bautismo de agua o de lágrimas!

Digan con firmeza: «No permitiremos que los grandes asuntos sean decididos por agencias irrelevantes.

Nuestros maridos no regresarán a nosotras apestando a matanzas, en busca de caricias y aplausos.

No se llevarán a nuestros hijos para que desaprendan todo lo que hemos podido enseñarles acerca de la caridad, la compasión y la paciencia.

Nosotras, mujeres de un país, tendremos demasiada compasión hacia aquellas de otro país como para permitir que nuestros hijos se entrenen para herir a los suyos».

Desde el seno de la tierra devastada, una voz se alza con la nuestra. Dice: «¡Desármate! ¡Desármate! La espada del asesinato no es la balanza de la justicia».

La sangre no limpia el deshonor y la violencia no es señal de posesión.

Así como los hombres a menudo han abandonado arado y yunque por el llamamiento a la guerra, que las mujeres abandonen ya todo lo que quede de su hogar para un día grande y serio de consejo.

Que se reúnan primeramente, como mujeres, para conmemorar y llorar por los muertos.

Que se aconsejen solemnemente unas a otras acerca de la manera en que la gran familia humana podría vivir en paz...

Cada una llevando en su tiempo la impresión sagrada, no de César, sino de Dios.

En nombre de la maternidad y la humanidad, les pido con solemnidad que se designe un congreso general de mujeres en el que no se tenga en cuenta la nacionalidad, y que se lleve a cabo en algún lugar que resulte conveniente, con la mayor brevedad posible, para promover la alianza de diferentes nacionalidades, el arreglo amistoso de cuestiones internacionales y la gran causa universal de la paz.

James Gray, autor de la expresión «decir la verdad desde el amor y amar la verdad, diciendo palabras duras amablemente y palabras amables con dureza».

Alex Haley, que utilizaba el lema: «Encuentra lo bueno y da gracias por ello».

Robert McCloskey, que en su obra *Blueberries for Sal* utilizó el memorable efecto sonoro: «Kerplink. Kerplank», que ha servido de inspiración para el «Plink. Plunk» de la historia del farolero.

Doctor Brian Weiss, que es la fuente de la creencia de la autora en que «sólo el amor es real».

Doctor Joan Borysenko, que comparte la creencia de la autora en que «el amor es la lección».

Agradecimientos

Todos los fallos de este libro son responsabilidad exclusivamente mía, pero muchas personas se merecen mi agradecimiento por sus ánimos y su apoyo.

Gracias a Bob Miller, ahora en Workman; a Mark Tauber, Claudia Boutote, Jeanette Perez, Julie Burton, Michele Wetherbee y Suzanne Quist, de HarperOne; a Janet Evans; y a David Black y su equipo de la Agencia David Black.

A Cathi y Ron Shapiro, unos verdaderos amigos.

A mi tía Pearl, que sigue cuidando de mí.

A mi madre, Anna, que es un ejemplo de amor incondicional y de cómo las cosas se pueden hacer mejor.

Y finalmente, a Kenny, mi marido, mejor amigo, compañero y estrella constante. Y a nuestros hijos, Jenny y Colin. Vosotros hacéis que la vida merezca la pena.

Gracias a todos desde lo más profundo de mi corazón.

El Tesoro

**Historia reproducida tal
como la recogió el Escriba**

El Tesoro es la primera historia descubierta por Joann Davis, cuyo autor también es el Escriba. A continuación nos complace ofrecerle al lector los primeros capítulos. Esperamos que sean de su agrado. (N. de la e.)

Nota de la editora para el lector

LAS CIRCUNSTANCIAS QUE RODEAN *El Tesoro* son extrañas, misteriosas incluso.

Todo comenzó en 2007, cuando compré una vieja granja en Dorset, Vermont (EE. UU.), parte de la herencia del profesor Orlando Roberts, un famoso profesor de Filología Clásica en la cercana Universidad de Bennington. Este profesor, soltero, había vivido solo en la casa durante alrededor de cincuenta años. Cuando firmé el contrato de compraventa supe que no tenía herederos y que había estipulado que todo lo que contenía la casa pasara a ser propiedad de la persona que la comprara.

Para ser sincera, no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo. En el lenguaje eufemístico de las inmobiliarias, la propiedad «necesitaba reformas», pero la pura verdad es que era una ruina. Además de todos los grifos que goteaban y las puertas que chirriaban, la casa era un verdadero almacén de archivos, baúles, libros y carpetas desperdigados por casi todas las habitaciones. En el estudio del viejo profesor, separar el grano de la paja, me iba a llevar varios días.

Lo encontré en el estudio. Envuelto en vitela, el libro tenía la imagen de un tesoro grabada en la tapa. Descubrí que el texto estaba escrito en una mezcla inusual de inglés antiguo y holandés. Entre las páginas había un papel con el membrete personal del profesor Roberts en el que había escrito: «Adquirido en la librería Old Barn Bookshop, carretera 7. Encargar traducción».

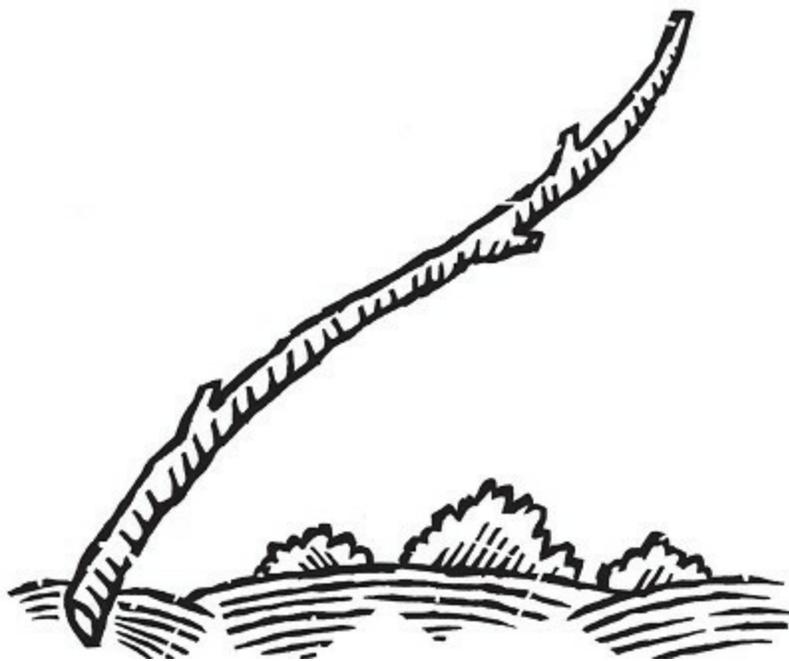
La nota estaba fechada el 25 de diciembre de 2007, casualmente una dolorosa fecha navideña para todos los que habitaban en el enclave histórico de Dorset, porque fue el día en que un vecino con una larga historia, el viejo Orly, murió en su escritorio, derrumbándose poéticamente sobre un montón de tarjetas de felicitación, justo delante de la chimenea. El corazón del viejo Orly, famoso por su bondad y generosidad, había dejado de latir sin más.

No es necesario decir que me quedé asombrada y perpleja... y también poseída por una extraña obligación de hacer lo que el profesor Roberts había pretendido. Busqué expertos en traducción de varias de las mejores universidades y pasé un año preparando esta obra para su publicación.

¿Mereció la pena ese tiempo? Que el lector lo decida.

JOANN DAVIS
Dorset, Vermont, 2008

La ley debe cumplirse



ERA UN NIÑO PEQUEÑO, CON EL CORAZÓN tan tierno y tan inocente como un corderito. Era un niño bueno, que rezaba sus oraciones y respetaba a sus mayores. Pero ese día era un niño asustado que estaba a punto de sentir el ardiente latigazo de una vara.

—Por favor, padre —rogó el niño—, ten piedad de mí.

Pero el hombre estaba furioso. Le había pedido al niño que se levantara al alba para abastecer su puesto del mercado con fruta y verdura fresca. Y el niño estaba ansioso por cumplir con los deseos de su padre, pero se quedó dormido. Ahora el mercado estaba lleno a rebosar de clientes, pero ellos no tenían nada que vender.

—¿Ni aceitunas ni higos? —preguntó una mujer con los ojos como platos y una cesta al hombro—. ¿Ni pasas ni miel? Pero ¿qué engaño es éste?

El tendero intentó apaciguar a la mujer diciéndole que volviera más tarde, que así encontraría las mejores delicias a precios más bajos. Pero cuando la vio vaciar su monedero en otro puesto, el tendero explotó.

—¡Eres un niño perezoso! —gritó cogiendo a su hijo por la garganta y estrangulándolo—. Me quitas el pan de la boca. Te voy a enseñar una lección que no vas a olvidar nunca.

Cuando el calor del sol se fue intensificando, el mercado hervía de vida. Los tejedores hacían trueques con sus clientes, los alfareros giraban sus tornos y las amigas caminaban del brazo por los corredores del mercado, riendo y charlando.

Pero no había alegría para ese tendero, sólo rabia ciega, así que cogió el palo que tenía en la parte de atrás del carro y que normalmente reservaba para el burro cuando no quería caminar.

—Eres un niño estúpido —gritó mientras se preparaba para golpearlo—. Debes obedecerme.

Como una tormenta en el mar que cogiera fuerza, la ira del hombre se hizo incontrolable. La emprendió a golpes con el chico hasta que lo tiró al suelo, apaleándolo y magullándolo. El niño rodó sobre sí mismo intentando escapar del palo, pero éste no dejaba de morderle la carne en un aluvión incesante de golpes.

La zurra hizo despertar al mercado, aún algo somnoliento, como el canto inesperado de un gallo. El público, algo aletargado, se espabiló inmediatamente y muchos empezaron a arremolinarse alrededor del puesto donde el padre estaba dando a su hijo una paliza. Algunos jaleaban: «¡Dale bien a ese niño! ¡Que pague por lo que ha hecho!».

De todas las personas allí congregadas solamente a una parecía importarle el niño.

Un pastor que estaba abrevando sus ovejas en el pozo del mercado se apresuró hacia donde se desarrollaba la escena al oír lo que parecía un niño llorando, dejando incluso a sus animales solos en el abrevadero, para acercarse y ayudar.

Pero al intentar aproximarse, el pastor se vio atrapado en la multitud, ralentizado por los escandalosos espectadores, que proferían burlas o abucheos, y los simples curiosos. Mientras se abría paso a codazos a través de la aglomeración de cuerpos sudorosos, oyó que un anciano citaba la ley que se aplicaba a las infracciones filiales: «Hay que castigar al hijo que desobedece a su padre».

Cuando el pastor al fin consiguió atravesar la muchedumbre, presencié lo que no se había querido ni imaginar. El niño estaba en el suelo debajo del tendero, que no había aplacado su furia y no dejaba de golpearlo, mientras la embravecida multitud seguía dejando patente su deseo de sangre.

—¡Sigue dándole! —gritó alguien—. ¡Dale una buena paliza!

El niño hacía gestos de dolor y se retorció intentando zafarse, pero no había escapatoria de esa cruel vara. El palo cruzaba el aire una y otra vez para azotarlo, mordiendo sin cesar la tierna carne del niño, igual que las zarzas llenas de espinas se clavan profundamente en la carne de los corderos que vagabundean por el páramo.

El primer impulso del pastor fue detener toda esa locura, lanzarse hacia delante para proteger al niño. Quería arrancar el palo de la mano del tendero y detener inmediatamente esa crueldad. Pero dudó, preguntándose a sí mismo qué pintaba él en aquel asunto. ¿No era cierto que la ley permitía tomar esas medidas tan duras? ¿Qué dirían los ancianos?

Todos esos pensamientos cruzaron su cabeza como brillantes relámpagos en medio de un tórrido cielo de verano.

Pero el pastor salió de su estupor cuando oyó decir al niño: «¡Piedad, padre!». Un grito desesperado que atravesó a la vez el aire y el corazón del pastor. Entonces lo supo.

«Nadie tiene derecho a provocar tal sufrimiento a ese niño.»

«Ninguna ley debería permitir que se le infligiera ese dolor.»

Y armándose de valor, el pastor salió de entre la multitud para ir en ayuda del niño.

Pero ya era demasiado tarde. Sin previo aviso, el tendero dejó a un lado el palo. Simplemente se había cansado de golpear al niño. Exhausto y acalorado, se limitó a soltar la vara y alejarse en busca de un vaso de agua.

La muchedumbre, decepcionada porque se había acabado la acción, se fue dispersando lentamente. El pastor se acercó para ayudar al niño, que seguía en el suelo. Mordiéndose el labio para aguantar las lágrimas, el niño intentó mostrarse fuerte como le había enseñado su padre. Se recompuso con dignidad, se puso en pie y aceptó un sorbo de agua del pellejo que llevaba el pastor, antes de dejar que el buen hombre le curara los cortes y los verdugones. Ninguno de los dos habló mucho, pero ambos compartieron grandes cosas antes de que el niño siguiera su camino.

Esa noche, cuando el tendero partió el pan, su hermano le preguntó qué tal había sido el día.

—Nada especial —fue la respuesta del hombre—. No ha sido diferente de cualquier otro.

Una voz suave y queda



«HAY QUE LAPIDAR AL CONSTRUCTOR que edifica una casa que se cae sobre sus ocupantes.»

«Hay que cortarle las manos al ladrón que le roba a otro ganado, grano o ropa.»

«Hay que azotar al niño que desafía a sus mayores.»

«Ésa es la ley y la ley debe cumplirse.»

Durante generaciones, la gente se había gobernado según esas férreas reglas. Nadie se había cuestionado si era correcto humillar a un niño o ejecutar a un asesino. El «ojo por ojo» era la norma por la que se regía el mundo.

¿Es que había alguna otra?, se preguntó el pastor. Tumbado en un campo, bajo un manto de brillantes estrellas, hizo balance del día. Lo había comenzado en una ciudad cercana, en la que un granjero había sido lapidado por haber vendido una vaca enferma. Cada vez que una roca golpeaba al hombre, la sanguinaria multitud soltaba un grito de entusiasmo.

Ya más avanzada la mañana había estado en un pueblo en el que dos familias estaban enemistadas por una jarra de agua agrietada. El alfarero que había vendido la jarra rota afirmaba que había cometido un error sin mala fe. Pero lo ataron a un poste y le dieron cuarenta latigazos mientras los espectadores le abucheaban y le escupían.

Finalmente, el pastor había ayudado a un niño después de que su padre le propinara una brutal paliza. Todo eso se había hecho cumpliendo estrictamente la ley. Pero era suficiente para que una persona temerosa de Dios se preguntara dónde se había metido Dios ese día. ¿Por qué no había enviado a alguien para ayudar a ese niño?

El pastor cerró los ojos y ya se estaba dejando llevar por el sueño cuando le pareció oír una voz suave y queda que le susurraba al oído: «Sí que envié ayuda; te envié a ti».

Tan ligero como una pluma



EL PASTOR SE DURMIÓ.

Soñó que estaba en un lugar muy lejano, con verdes pastos, donde no había arbustos con espinas que pincharan a sus ovejas, ni zanjas en las que pudieran caerse. Pero lo más curioso del sueño era un anciano muy arrugado que estaba sentado en un baúl de madera en un cruce de caminos, dando indicaciones.

—Hola —lo saludó el anciano—. ¿Estás buscando algo?

—¿Cómo lo ha sabido? —le preguntó el pastor.

—Por la expresión de tu cara. Mucha gente que viene aquí busca descubrir un nuevo camino. Puedo indicarte cómo hacerlo, pero primero tendrás que poner tu corazón en la balanza.

El pastor miró al anciano mientras sacaba del baúl una balanza.

—Vamos a ver —dijo el anciano para sí rascándose la cabeza—, ¿dónde habré puesto la pluma?

El anciano parecía tan feliz como un niño en una juguetería al poner la pluma en un lado de la balanza. Después metió la mano en el pecho del pastor y le sacó el corazón, que latía a un ritmo regular y saludable.

—Pero ¿qué hace? —preguntó el pastor.

—No te preocupes —respondió el anciano—. Sigue unido a ti mediante un hilo de oro invisible, así que no te va a ocurrir nada malo. —El anciano guardó silencio un momento y dio un paso atrás—. Bien, pongámoslo en la balanza —dijo a la vez que colocaba el corazón en el platillo opuesto a donde estaba la pluma.

El pastor se quedó mirando, asombrado. Ver su propio corazón latiendo le resultaba un verdadero misterio, pero a la vez todo parecía de lo más natural.

Instantáneamente el lado de la balanza en el que descansaba el corazón se hundió un poco.

—Hummmm... —gruñó el anciano—. Pesa un poco. ¿Has caído en el desánimo?

—¿Eso importa? —preguntó el pastor.

—Mucho —afirmó el anciano—. Es mejor viajar con poco equipaje, sin tristeza, ni ira, ni miedo. Sin celos, juicios o rencores.

—¿Qué debo hacer? —inquirió el pastor.

—Cada mañana, cuando te levantes, prométele al amanecer que mantendrás tu corazón tan ligero como una pluma. Después renueva el compromiso cada día, cuando anochezca.

—¿Y qué pasará si lo hago? —continuó preguntando el pastor.

Pero el anciano se había desvanecido. El sueño había terminado.

El Poder del Amor
Joann Davis

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *The Well That Never Runs Dry*
Publicado originalmente en inglés por Harper One, an imprint of HarperCollins Publishers
Publicado por acuerdo con Harper One, an imprint of HarperCollins Publishers

© del diseño de la portada, Idee, 2011

© Joann Davis, 2011

© de la traducción, María del Puerto Barruetaña Díez, 2011

© de todas las ediciones en castellano
Espasa Libros, S. L. U., 2011
Oniro es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2011

ISBN: 978-84-9754-577-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria	4
Dedicatoria 2	5
Nota de la editora para el lector	6
Planes que no salen bien	8
El horno de la aflicción	10
El pozo que nunca se seca	13
El comienzo del viaje	14
Un trío de viajeros	17
La historia del contador de historias	23
La iniciación	27
Un nuevo día	31
La mendiga	34
Lecciones para Elizabeth	37
La Cantera de las Grandes Piedras	41
Ablandar lo que está duro	43
David	45
El momento de actuar	48
Una gruesa capa de aceite	51
El sueño	52
La cabaña del farolero	53
La tentación de Joshua	54
Como las azucenas del campo	57
El camino menos transitado	59
De vuelta a la gruta	60
Un valle de oscuridad y muerte	63
A la mañana siguiente	64
El poder del amor	67
El viaje de vuelta	69
Construido sobre piedra, no sobre arena	70

El Credo	71
Unas palabras sobre el Credo	72
Fuentes	73
Agradecimientos	75
El Tesoro	76
Nota de la editora para el lector	77
La ley debe cumplirse	78
Una voz suave y queda	81
Tan ligero como una pluma	83
Créditos	85